

LOS BANDIDOS DE RIO FRIO POR MANUEL PAYNO: UN REFLEJO
DE LA ANTIGUA SOCIEDAD MEXICANA DEL SIGLO XIX

A THESIS

SUBMITTED IN PARTIAL FULFILLMENT OF THE REQUIREMENTS FOR
THE DEGREE OF MASTER OF ARTS IN SPANISH
IN THE GRADUATE DIVISION OF
TEXAS WOMAN'S UNIVERSITY

DEPARTMENT OF FOREIGN LANGUAGES

BY

ADRIANA ELOISA MONTEMAYOR, B. A.

DENTON, TEXAS

AUGUST, 1972

Texas Woman's University

Denton, Texas

August 19 72

We hereby recommend that the thesis prepared under
our supervision by Adriana Eloisa Montemayor
entitled Los bandidos de Río Frío por Manuel Payno:
un reflejo de la antigua sociedad mexicana del
siglo XIX

be accepted as fulfilling this part of the requirements for the Degree of
MASTER OF ARTS IN SPANISH

Committee:

Wallace Workley
Chairman
W.D. Johnson
Margaret Faulkner

Accepted:

Mary Evelyn Huey
Dean of Graduate Studies

DEDICATORIA

A Mis Queridos Padres--

Sr. y Sra. George Montemayor

El amor, la inspiración, y los grandes deseos que han tenido, para mí han sido una fuente de estímulo al escribir esta obra. Acepten como muestra de mi cariño este trabajo.

A Mis Queridas Hermanas--

Elsa e Hilda

Ustedes, que ya han recibido la maestría han sido un modelo en cuyos pasos siempre he aspirado a seguir. Les ofresco esta tesis como el último paso para ese fin realizado.

A Mi Director De Tesis--

Dr. A. Wallace Woolsey

Mis sinceras gracias por su ayuda, sus consejos, y sus valiosos comentarios. Reciba como agradecimiento este estudio.

PREFACIO

Teniendo gran afinidad para el folklore y las costumbres de México, es mi intento perservar la realidad mexicana que se ha revelado en los "cuadros de costumbres" de Los bandidos de Río Frío por Manuel Payno. Mi otro propósito es de tratar de infundir un deseo para continuar el estudio de sus otras obras.

Quiero expresar mi agradecimiento a la Srita. Maurine Faulkner y a la Dra. Elizabeth Scone por su interés y su ayuda al escribir esta tesis. Agradezco los consejos y los comentarios del Dr. William D. Johnson y del Dr. John González, Jr.

INDICE

	Página
DEDICATORIA	iii
PREFACIO	iv
INTRODUCCION	1
Capítulo	
I. EL SIGLO XIX EN MEXICO	3
La política	
La literatura	
II. MANUEL PAYNO: SU VIDA Y SUS OBRAS	13
Datos biográficos de Payno	
Obras literarias de Payno	
III. EL COSTUMBRISMO	25
Su evolución e importancia en México	
IV. EL COSTUMBRISMO EN <u>LOS BANDIDOS DE RIO FRIO</u>	41
Las clases sociales	
La viña, el hospicio, y las cárceles de México	
El día de San Juan de los Lagos y el día de la Virgen de Guadalupe	
CONCLUSION	75
BIBLIOGRAFIA SELECTA	76

INTRODUCCION

La novela Los bandidos de Río Frío por Manuel Payno definitivamente es un ejemplo sobresaliente de la "novela de costumbres" que refleja las maneras, las costumbres y la vida cotidiana de las diversas clases sociales que convivían en México en el siglo XIX.

Viviendo casi un siglo, el ágil narrador mexicano fue un dedicado político y literato. Cuando estaba en España ya en su vejez, escribió esta obra maestra que tiene el estilo de un viejito charlando sus nostalgias y recuerdos de un México que amaba y extrañaba.

En el primer capítulo se dará una breve sinopsis de la política y de la literatura durante el siglo XIX para tener una idea adecuada de esa época. Le seguirá una discusión de la vida de Manuel Payno, y se observarán sus otras obras de importancia en el segundo capítulo.

La evolución del costumbrismo, el cual fue introducido a México por los literatos españoles, franceses, e ingleses, y su importancia en México se desarrollará en el tercer capítulo. El cuarto consistirá en percibir cómo Payno empleó el estilo costumbrista en Los bandidos de Río

Frío notando su modo de describir las diversas clases sociales, observando cómo le molestaban las condiciones de la viña, el hospicio, y las cárceles de México, y viendo las costumbres que se manifestaban durante las dos fiestas religiosas, el día de San Juan de los Lagos, y el día de la Virgen de Guadalupe.

CAPITULO I

EL SIGLO XIX EN MEXICO

Manuel Payno y Flores, autor del novelón Los bandidos de Río Frío cuya larga vida abarca un espacio de ochenta y cuatro años, es un verdadero testigo de la vida mexicana del siglo XIX. Para tener un aspecto claro y comprensivo de México durante su siglo, es necesario tener algún conocimiento de la historia, y la literatura de la época. Es la historia de la gente la que nos da los datos objetivos, definidos y concretos que necesitamos para saber las circunstancias de la vida; es la literatura la que penetra al corazón, los sentimientos, y las emociones de los habitantes.

La política

La situación general de la Nueva España a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX era, en apariencia, próspera. La política seguida en sus colonias por Carlos III, rey de España, reanimó la economía del país aumentando la agricultura y pequeñas industrias.¹ La ciudad que había llegado a ser la más hermosa y grande de todas las ciudades de las Américas era la de México. Sin embargo, en el fondo

¹Ciro E. González Blackaller y Luis Guevara Ramírez, Síntesis de historia de México (México: Editorial Herrero, 1970), p. 237.

de esta sociedad existía un profundo malestar entre un reducido sector de privilegiados y otros grupos que poblaban la Nueva España. Del odio irreconciliable entre los dos grupos estalló una guerra.

La sublevación que produjo la guerra de la Independencia bajo la dirección del padre Miguel Hidalgo y Costilla se llevó a cabo a las cinco de la mañana del 16 de septiembre de 1812 en el pequeño pueblo de Dolores, hoy Dolores Hidalgo. El padre Hidalgo reunió a bastantes filigreses y explicándoles su determinación los invitó a que lo siguieran en la lucha que se avecinaba. Un numeroso grupo de indígenas, armados con lanzas, machetes, arcos y flechas, hondas y garrotes, se dispusieron a "coger gachupines".¹ Así se dio comienzo a la revolución por la Independencia de México.

En los siguientes años de la guerra, los líderes Javier de Mina, el padre José María Morelos, y Agustín Iturbide se hallaron peleando con mucha ferocidad. Finalmente la Independencia se logró bajo el mando de Iturbide cuando entró en la capital el 27 de septiembre de 1821.

La ideología de Hidalgo era la del pensamiento liberal que penetraba en ese período, y como resultado de eso se establecieron diversos gobiernos. En España la situación se encontraba en un estado confuso, y por esta

¹Ibid., p. 251.

razón ciertos de los conservadores se habían unido con los liberales para luchar por la Independencia. Después de varios años fueron victoriosos, pero el país se encontró en un estado caótico y confuso. Esto dio la oportunidad a Santa Anna que ejerciera su autoridad sobre México, y su mando causó la secesión de Texas. Como resultado del asunto con Texas y la guerra con los Estados Unidos, durante los años 1845 a 1847 el vecino del norte anexó casi la mitad del territorio nacional del país.

Ya para el año 1857 un grupo de liberales dedicados, partidarios de Benito Juárez, trataron de disolver el estado de pandemonio y crearon la Consitución de 1857. Estos liberales, llenos de la ideología política del sistema capitalista-demócrata, querían hacer de México un país progresivo. Hubo un conflicto entre los liberales y se lanzaron unos contra otros. Los liberales observaron que la reforma se opuso al poder de la Iglesia, amenazó ciertos de los intereses propios, y propuso un gobierno de estructura débil. Esta guerra duró desde 1857 hasta 1860 dejando a los liberales triunfadores. Al darse cuenta de lo que pasaba en México, Napoleón III conspiró con los conservadores para colocar al Archiduque Maximiliano de Hapsburgo en el trono de México. Para el año 1862, las tropas francesas habían invadido a México. Maximiliano y Carlota se encontraban

en México en 1864, pero para el año 1867 el archiduque había sido fusilado, y los liberales fueron otra vez victoriosos.

Durante los siguientes años, el digno intento de los reformistas se mostraba muy avanzado para el estado del país. Pocos años después de la muerte de Benito Juárez en 1872, Porfirio Díaz llegó a ser presidente de México. En los siguientes cuatro años permaneció en este oficio un asociado político de él; pero volvió a ser presidente, así que ocupó este puesto hasta 1911, siendo reeligido siete veces. En la dictadura de Díaz, su voluntad suplantaba a todos.

Hacia fines del siglo la dictadura era total y tenía como principales instrumentos a los caciques provinciales y locales, investidos casi siempre de la autoridad legal; todos ellos eran servidores incondicionales del caudillo. La dictadura y el caciquismo constituyeron la entraña real o verdadera del régimen político porfirista.¹

La Iglesia se hizo poderosa y ejercía bastante poder. Aunque el país estaba muy estable y había investiduras foráneas, la burguesía se hacía más rica, y los pobres se hacían víctimas de la explotación.

La literatura

En los comienzos del siglo XIX y dentro del período de la Independencia, se desarrolló el género literario de la

¹Wigberto Jiménez Moreno, José Miranda, y María Teresa Fernández, Historia de México (México: Editorial Porrúa, S. A., 1965), p. 547.

novela. Mariano Azuela, el afamado autor del libro Cien años de la novela mexicana, afirma que el auténtico y único predecesor de la novela mexicana fue José Fernández de Lizardi (1776-1827) el que en 1812 escribió la primera novela mexicana, la famosa obra picaresca El Periquillo Sarniento.¹ Esta novela fue un vehículo para lanzar ataques contra los abusos políticos, sociales, y religiosos que existían en sus tiempos.

Las obras de Fernández de Lizardi fueron escritas para las masas del pueblo, y Azuela le cita cuanto dice por su protagonista, Periquillo, en el prólogo de sus memorias:

esta obrita no es para los sabios, porque éstos no necesitan de mis pobres lecciones, pero sí puede ser útil para algunos o muchos que carecen, tal vez, de mejores obras en que aprender, o también para algunos jóvenes (y no jóvenes) que sean amigos de las novelitas y comedias; y como pueden faltarles o no tenerlas a la mano algún día, no dejarán de entretenerse y pasar el rato con la lectura de mi vida descarriada.²

Este novelista autodidacto leía muchos de los libros prohibidos que propagaban las ideas de los enciclopedistas franceses. Carlos González Peña, en su libro Historia de la literatura mexicana, nos informa de que:

La causa de la libertad se le debió mucho; en tiempos peligrosos y difíciles, en que la censura estaba alerta,

¹Mariano Azuela, Cien años de la novela mexicana (México: Ediciones Botas, 1947), p. 30.

²Ibid., pp. 36-37.

Fernández de Lizardi, con sagacidad e ingenio, apelando ya a la ironía, ya el sarcasmo, pero más a menudo manteniéndose en un plan de razonamiento sereno, constituyóse en el más esforzado propagandista de la Independencia.¹

Para el año 1811 ya había lanzado sus primeros folletos y fundido en México su celebre periódico El Pensador Mexicano del cual después obtuvo su seudónimo. Leyendo los artículos de este periódico, se puede observar que el autor era un hábil y denodado obrero de la libertad. En 1814 dejó de salir su periódico, pero pronto lo siguieron otros. Concibió Fernández de Lizardi la novela costumbrista que incluye en pleno el romanticismo que algún día florecería en las obras de sus continuadores. Como novelista tenía una tendencia a moralizar y pregonar con el propósito de sembrar ideas nuevas y enseñanzas de progreso a sus lectores. Se encuentra esta tendencia en las novelas satíricas La Quijotita y su prima, Don Catrín de la Fachenda y Noches tristes y día alegre.

Las novelas que siguieron se pueden agrupar en tres distintas etapas literarias: el romanticismo, el clasicismo, el realismo y el naturalismo. Dado a que los autores de este siglo se influyeron unos a otros, no es raro

¹Carlos González Peña, Historia de la literatura mexicana (México: Editoriales Porrúa, S. A., 1963), p. 204.

encontrar mezcladas y fundidas muchas de las tendencias literarias que son características de las diferentes divisiones. Por eso, "el hecho de clasificar en un grupo no es, muchas veces, sino el resultado de una abstracción crítica, o el señalamiento de una característica, predominante, pero no única."¹

En el romanticismo se encuentran aspectos importantes: el genérico, el histórico, y el costumbrista. El elemento religioso cristiano que busca el ideal espiritual, se encuentra en el carácter genérico. Los autores de mayor importancia cuyas novelas manifiestan esto son Fernando Orozco y Berra, Juan Díaz Covarrubias, y Florencio M. Del Castillo. En sus libros se observan los temas muy típicos del romanticismo europeo: el amor desesperado y el pesimismo.

El primer interés de la novela histórica es narrar la historia contemporánea del estado. A Justo Sierra se le considera el precursor de esta novela. En el alcance de estas obras sobresalen las de Vicente Riva Palacio el cual escribió sobre los tiempos coloniales. Toda la historia de México se abarca en las escrituras de Ireneo Paz, Juan A. Mateos, y Pablo Robles.

Los novelistas románticos que fueron costumbristas constituyen el puente tendido entre el romanticismo y el

¹Arturo Uslar-Pietri, Breve historia de la novela hispanoamericana (Caracas: Ediciones EDIME, 1954), p. 54.

realismo.¹ En sus novelas, se encuentra un cuadro del México de la primera mitad del siglo XIX. Debe colocarse como primer escritor a Luis G. Inclán, autor de Astucia, cuya obra describe las costumbres de los contrabandistas de una manera discreta pero exacta. Manuel Payno también fue novelista de costumbres mexicanas; se analizará en profundidad su vida y sus obras en el siguiente capítulo. Clasificados como costumbristas fueron José T. de Cuéllar, autor de La linterna mágica, e Ignacio Manuel Altamirano, autor de El zarco, en cuya última obra se encuentra un estilo maduro y una composición arómica.

El clasicismo busca la belleza sensible. Un escritor que merece elogios por haber sido traductor de los clásicos latinos es José María Roa Bárcena. De él dice el autor del libro Novelistas de México, J. Fernández-Arias Campoamor:

Fue escritor muy bien considerado por la crítica española de su tiempo, y tanto Varela como Menéndez y Pelayo reconocieron su habilidad de narrador, la pureza de su lenguaje y la amenidad de sus relatos y descripciones.²

Este mismo autor continua citando al historiador Julio Cejador:

Al mediar el siglo XIX, el romanticismo estaba ya muerto y enterrado en toda Europa, sucediéndole el

¹J. Fernández-Arias Campoamor, Novelistas de México (Madrid: Ediciones Cultura Hispania, 1952), p. 56.

²Ibid., p. 70.

llamado arte realista que se ñoreó en la literatura castellana sólo y señoero [sic] hasta 1888, fecha en la que publicó Ruben Dario su primera obra modernista Azul.¹

Dos modos de narrar son el realismo y el naturalismo. El realismo cultivó la Historia para hacer de ella novela, pero no la Historia remota sino la actual: aquella en que el novelista había colaborado con su vida y esfuerzo.² Los tres novelistas más significativos del realismo mexicano fueron José López Portillo y Rojas, Rafael Delgado y Emilio Rabasa. En el naturalismo sobresalió Frederico Gamboa.

Abogado, periodista, y hombre público, José López Portillo y Rojas escribió con naturalidad de expresión su obra conocida La parcela. Otra de sus contemporáneos, Rafael Delgado, escribió con amor y precisión de los rincones y el mar de su tierra natal, Veracruz. Una de sus más famosas obras fue Los parientes ricos. A Emilio Rabasa se le da un lugar distinguido en la novela mexicana. La novela con él ya era transcendental; el costumbrista sumábase al psicólogo, abordando estudios de carácter, y el sociólogo convertía en materia artística las cuestiones políticas y sociales.³

¹Ibid., p. 71.

²Ibid., p. 50.

³Ibid., p. 78.

Federico Gamboa fue el más notable autor del naturalismo. Las novelas conceptuadas como las mejores son Suprema ley, Santa, y Reconquista las cuales son obras de pesada lectura mezcladas abigarradamente con reflexiones y morales escritas en un estilo claro y ordenado.¹

La literatura mexicana hasta fines del siglo XIX según Luis Leal, el historiador, era:

una literatura imitativa--con pocas excepciones--de las formas, el estilo y los temas europeos y especialmente, españoles. Los románticos, los costumbristas imitaban a los autores peninsulares hasta el punto de que a veces se hace difícil identificar la nacionalidad del autor. Cuando dejan de imitar lo español es para dirigir la vista hacia los franceses, cuyas obras eran traducidas, publicadas, y leídas con avidez.²

Entre los autores mexicanos de esa época, se encuentra uno que escribió sobre México de una manera muy íntima. Con su pluma nos traslada a las ciudades y calles del antiguo México donde vemos la vida cotidiana de las diversas clases sociales. Tal hombre fue Manuel Payno.

¹Ibid., p. 82.

²Luis Leal, Panorama de la literatura mexicana actual (Washington: Unión Panamericana, 1960), p. 4.

CAPITULO II

MANUEL PAYNO: SU VIDA Y SUS OBRAS

Datos biográficos de Payno

Un autor cuyo mexicanismo rezuma por sus poros y se manifiesta en sus obras es el activo literato y político Manuel Payno y Flores. A don Alejandro Villaseñor y Villaseñor, su biógrafo, se le deben los datos informativos que hoy existen de él. Hijo de Manuel Payno y Bustamante y de Josefa Flores, una familia prominente, Payno nació en la ciudad de México el 21 de junio de 1810. De su niñez y su juventud se sabe poco. Trabajó como meritorio en la Aduana de la capital y fundó, con su socio Guillermo Prieto, la Aduana marítima de Matamoros, donde ascendió al puesto de contador.

Fue en 1840, secretario del general Mariano Arista, jefe del Ejército del Norte y después de obtener el grado de teniente coronel, pasó al Ministerio de Guerra como jefe de sección. Su siguiente oficio fue el de administrador de rentas de la Fábrica Nacional de Tabacos. Para el año 1842, ya había sido nombrado secretario de la Legación Mexicana dándole la oportunidad de viajar por Francia, Inglaterra y varios países de Sudamérica.

Cuando regresó a México, fue enviado por Santa Anna a Nueva York y Filadelfia para estudiar el sistema penitenciario. Durante su estancia en los Estados Unidos, presenció la despedida de las tropas del general Taylor, quienes fueron despachadas a la frontera mexicana. Como patriota fiel, Payno regresó apresuradamente a la defensa de México peleando al lado de las guerrillas que se encontraban en el camino de Puebla. Durante esta invasión norteamericana estableció el servicio de correos entre México y Veracruz.

Bajo la administración del Presidente José Joaquín Herrera, se encontró como ministro de Hacienda en 1850. En este puesto sobresalió por su honradez y eficacia: procuró poner orden en el tradicional desorden del tesoro público e hizo un ventajoso arreglo de la deuda extranjera.¹ Existió cierta enemistad entre Santa Anna y Payno y siendo perseguido éste se refugió en los Estados Unidos. Al triunfar la revolución de Ayutla, ocupó la Secretaría de Hacienda en el gobierno de Comonfort. Teniendo Payno las cualidades de un verdadero líder, contribuyó al golpe de estado en 1857; después de este acontecimiento abandonó temporalmente la política. Durante la intervención francesa, el autor sufrió la persecución de nuevo, esta vez a manos del Emperador Maximiliano. El 21 de agosto de 1863 fue aprehendido y

¹González Peña, op. cit., p. 336.

encarcelado en la prisión de San Juan de Ulúa junto con Florencio M. del Castillo. Ambos fueron acusados de conspirar contra el gobierno. Al fin, Payno reconoció el Imperio de Maximiliano y por breves días fue regidor de México.

Al restaurarse otra vez más la República, Tepic lo eligió diputado al Congreso IV, y fue reeligido en las tres legislaturas siguientes. Durante este mismo tiempo, fue profesor de historia patria en la Escuela Preparatoria y había llegado a ser un distinguido orador parlamentario. Francisco Monterde en su obra Cultura Mexicana cita a Vicente Riva Palacio quien trazó esta semblanza de él:

Jamás orador alguno ha subido a la tribuna con tanta tranquilidad, ni ha tratado al auditorio con más confianza. Por muy grave que sea el negocio, por muy exaltados que se encuentren los ánimos, Payno se presenta impassible y habla como podría hacerlo en su despacho o en una reunión de dos o tres amigos acostumbrados a escucharle; no anda buscando ni las frases pomposas, ni las figuras poéticas, ni los golpes de teatro; muy pocas veces se exalta ...

Para el año 1882, ya era senador, pero el Presidente Manuel González lo envió a París como agente de colonización. Fue nombrado en 1886 cónsul, primero en Santander y después cónsul general en España permaneciendo en Barcelona. Cinco años después, Payno volvió a su querido México donde fue elegido presidente del senado, reteniendo este puesto hasta

¹Francisco Monterde, Cultura mexicana (México: Editorial Intercontinental, 1964), p. 172.

su muerte. Este erudito diplomático y economista falleció en la ciudad de San Ángel, Distrito Federal, el 4 de noviembre de 1894.

Obras literarias de Payno

Casi todos los géneros literarios fueron cultivados por Manuel Payno. En su juventud fue poeta y periodista; en su madurez fue atraído a la narración y al cuento; en su vejez fue un hábil novelista. Payno conocía y comprendía las circunstancias de su país y tenía la habilidad de ser hombre de tacto y moderación. Como resultado de esto, mantuvo una posición política donde no se comprometía con los liberales ni con los conservadores. Un contemporáneo, Ignacio Ramírez, el ensayista y autor del artículo "El ejército reeleccionista" publicado en 1871 comprueba esta característica de neutralidad que poseía Payno cuando le dice:

... Tú que ves más claro y más lejos que yo, y no tienes el romanticismo financiero de algunos amigos; y que por tu talento y por tus antecedentes pudieras noblemente figurar como neutral; y que para escribir te has cercado de los primeros entre nosotros jóvenes ilustrados ...¹

Las primeras escrituras de Payno fueron versos que publicó en 1838 en el periódico El Ateneo Mexicano donde también escribió algunos dramas. Escribió cuentos y narraciones de viaje a partir de 1882, los cuales fueron

¹Ibid., p. 172.

reunidos después, en parte, en el libro Tardes nubladas. Estos retratos que se encuentran aquí son los antecedentes del cuento y la novela corta. En los años 1845 a 1846, colaboró frecuentemente con su socio Guillermo Prieto en el periódico El museo mexicano, y publicó su primera novela de menos valor Entretenimientos de amor. Durante estos dos años, además de publicar varios artículos y leyendas en la Revista científica y literaria, dio a conocer por primera vez su novela El fistol del diablo, reimpresa en 1859, y otra vez más fue aumentada en Barcelona en 1887. Aunque este título causó asombro a los puristas del país, Payno, siendo un impulsor del periodismo, no dejó de colaborar activamente en El año nuevo, Don Simplicio y El siglo XIX. Publicó artículos en el Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la cual fue miembro destacado; también escribió en El Federalista, el periódico que fundó con Ignacio Altamirano en 1871.

La mayor aportación de Payno fue iniciar con su obra folletinesca, El fistol del diablo, la novela por entregas; con esta señaló el verdadero comienzo de la prosa romántica. En los informes del historiador, González Peña, se hallan las palabras de Alejandro Villaseñor y Villaseñor que dice del libro:

es un verdadero archivo que guarda el recuerdo de los unos de la antigua sociedad mexicana, su lenguaje, sus refranes, trajes, preocupaciones, tendencias ...¹

¹González Peña, loc. cit.

El profesor John S. Bushwood en su estudio de la novela mexicana nos da otra observación de este mismo libro:

It's value lies in what the author did unconsciously, in the society re-created, which is authentic because of Payno's intense interest in social improvement. Even so, he is often boring; but there are many parts of the novel that place the reader, not the characters, genuinely within the period.¹

El pistol del diablo parte de la fantasía para lanzarnos después en el campo de la realidad, mediante la forma en que se manipulan los personajes. Se considera un libro de "cuadros de costumbres" en vez de una novela.

Otro de sus libros, El hombre de la situación, escrito en 1861, nos revela un cuadro estimable de las costumbres coloniales de fines del siglo XVIII y los principios de la vida independiente de México. Nos deja con gracia y humorismo un retrato verdadero del aventurero español que viene al país en busca de riquezas. La obra maestra y más afortunada de Manuel Payno es Los bandidos de Río Frío la cual escribió bajo su seudónimo de "Un ingenio de la corte". Permaneciendo el autor en su segunda estancia en España, entre 1888 y 1891, su amigo, el editor Juan de la Fuente Párras, lo inspiró a que escribiera esta novela y hasta le sugirió el título. Volviendo a su primera manera

¹John S. Brushwood, Mexico in Its Novel (Austin: University of Texas Press, 1966), p. 73.

de escribir, publicó en la postrimería de su vida la obra que se puede considerar como representativa de él.

La novela que él mismo escribió, según Payno, es "naturalista, humorística, de costumbres, y de crímenes y horrores".¹ Este hombre modesto conoce sus limitaciones y su mayor interés es dar placer al lector; afirma esto al decir:

A cada momento tengo que pedir gracia y perdón a mis lectores, porque, en efecto, digresiones que tienen la pretensión de ser didácticas y filosóficas, si tienen algún valor, son de seguro inoportunas interrumpen la acción de la novela y dan un chasco a la curiosidad de los que pueden interesarse en la lectura; pero yo no escribo novelas que puedan compararse en interés con otras francesas, inglesas, o españolas. Esas tienen un valor literario que estoy lejos de pretender.²

Al comenzar su trabajo en Los bandidos de Río Frío, el autor no tenía ninguna idea general respecto de su libro, ni un plan concreto del desarrollo de su trama. Después de concluir cada capítulo de esta obra folletinesca, la enviaba al editor en Barcelona. En el prólogo de este libro nos informa Antonio Castro Leal de que:

Esta clase de novelas se vendían en México por "entregas", a una cuartilla de real, es decir, a tres centavos cada una, y fueron el último desarrollo de la novela de folletín que apareció originalmente en los periódicos diarios al finalizar la primera mitad del siglo XIX.³

¹González Peña, op. cit., p. 337.

²Azuela, op. cit., p. 84.

³Manuel Payno, Los Bandidos de Río Frío (México: Editorial Porrúa S. A., 1968), p. vii.

Esta novela se asemeja a las películas de episodios y abunda en los defectos y virtudes comunes en las novelas de este género. Cada capítulo debe ser interesante, y se termina dramáticamente dejando al lector en suspenso y aprensivo por saber la conclusión del asunto. Este estilo de dejar al lector en la incertidumbre es como una salsa picante que estimula y provoca su voracidad intelectual.

El tema principal de Los bandidos de Río Frío es parecido al de Pantaleón Tovar (1826-1876) quien en 1851 publicó su novela Ironías de la vida en la cual incluyó a los bandidos. La idea de este libro dejó un precedente para los que la leyeron. Como Tovar, Payno nos ofrece una larga descripción del ambiente y el escenario combinando y agrupando alrededor del personaje principal, un bandido, muchos personajes que él personalmente había conocido. De la serie de incidentes y acontecimientos que aparecen en el libro, la mayoría los había él observado. El autor narra las aventuras que le siguieron contra el coronel Juan Yañez y sus cómplices. En realidad hubo tal hombre; fue el Comandante Militar de Acatlán, Mayor de plaza en Puebla, y después ayudante del Presidente de la República don Antonio López de Santa Anna, el cual organizó una verdadera maffia. Su ejecución, en julio de 1839, puede haber sido presenciado por Payno, que entonces contaba veintinueve años de edad.¹

¹Payno, op. cit., p. viii.

En Los bandidos de Río Frío, Relumbrón, un alto oficial de la milicia, ocupa el lugar del coronel Yañez. Adquirió este nombre cómico porque le gustaba lucir bastantes anillos y diamantes lujosos que relumbraban en el sol. Este malvado no se contentaba con organizar cuadrillas de bandidos que asaltaban las diligencias en los campos, sino que también les robaban a los pobres indefensibles ciudadanos. Siendo muy codicioso y no conformándose con las ganancias de estos hechos, Relumbrón, bajo el pretexto de tener una hacienda donde había un molino de trigo, instaló una casa para fabricar monedas falsas. Estableció también una casa de juego donde se encontraban jugadores deshonorosos que usaban barajas marcadas. Estas aventuras se narran hasta la segunda parte del libro.

Aparte de este tema central, en el que Relumbrón trata de planear el crimen perfecto, hay otros argumentos de menos importancia: el inverosímil y ridículo complot de tratar de recuperar los bienes que le tocan a Moctezuma III por su lejano abuelo Moctezuma; la romántica hija del Conde de Sauz y de su enamorado Juan Robreño; la tragedia patibularia de Evaristo el tornero; y los amores entre el abogado Lamparilla y Cecilia la trajinera. Se encuentran varias otras tramas secundarias que no están relacionadas con el tema central.

El primer capítulo de Los bandidos de Río Frío da comienzo en el rancho de Santa María de la Ladrillera. El autor nos presenta a los personajes que habrán de tomar parte en el complot para recobrar las tierras de Moctezuma que legalmente son de ellos. Doña Pascuala, encontrándose muy grave porque va a tener un hijo, Moctezuma III, está en cama y su fiel esposo don Espiridión la está cuidando. La escena es muy apropiada para introducir a los doctores y a las curanderas que existían en México en esos tiempos.

Cambia la escena después de varios capítulos a la bellísima hacienda del Conde de Sauz, un hombre de aspecto misterioso. Este personaje feroz mata a disgustos a su esposa la condesa y casi obtiene el mismo resultado con su hija, Mariana. Ella tuvo un idilio con el hijo del administrador Juan Robreño y de este amor nació un niño ilegítimo. Para que el conde no se diera cuenta, se lo llevó a unas personas cariñosas del campo para que lo criaran. Al niño Juan lo llevaron a la basílica de la Virgen de Guadalupe el día de su fiesta, pero cuando estaba rezando la señora se le perdió el niño. Una de las curanderas que trataba de sanar a doña Pascuala, creyó que este niño era una señal de su diosa Tonántzin y se lo robó para sacrificarlo. Arrepintiéndose de lo que había hecho, la curandera dejó al niño en la viña, un lugar lleno de basura y el hogar de los más pobres y de los niños sin hogares.

Comodina, una perra, protegió a Juan, y se peleaba a muerte con los otros perros que trataban de hacerle daño a su hijo adoptivo. Fue salvado por Nastasita una pobre viejecita que buscaba cosas de valor entre la basura. Este hijo del arroyo, después de vivir en la atolería de Guardiola con Nastasita, en la carpintería de Evaristo, en la casa de Cecilia, la frutera, en el hospicio de huérfanos, con don Pedro de Olañeta, y en la hacienda de doña Pascuala, se hizo soldado y trabajó por Relumbrón sin saber que era un bandido. Cuando se dio cuenta de lo que era su amo, huyó con su padre. Se casó Juan con Lucecilla, una muchacha que había conocido en la casa de Pepe Carrascosa; vivieron muy cómodamente con el dinero que su madre, la condesa, les proporcionó.

Sigue Payno presentándonos a Evaristo, el tornero, que había sido querido de Casilda; y después, esposo de Tules, la mujer a quien mata este malvado cuando se halla borracho y colérico. Sabiendo lo que ha pasado, Evaristo se aleja de ese lugar y llega a ser dueño de una finca, y un famoso capitán de rurales. Se hace un cómplice de Relumbrón haciendo mil y una atrocidades. A través de su novela, también se llega a conocer a tres distintos abogados. Don Pedro de Olañeta es el gran licenciado justo que trata de hacer todo por los pobres de la ciudad. Bedolla, un juez ignorante, condena a los reos inocentes a muerte para verse

severo. Lamparilla es engañoso y trabaja por sus propios intereses. Cecilia, la frutera, se casa con Lamparilla después de que se recobran las tierras de Moctezuma, un caso en el cual estaba trabajando durante toda la novela.

La novela, Los bandidos de Río Frío, está llena de seres de carne y hueso que se describen a través de "cuadros de costumbres" presentados vívidamente. El mismo autor nos aclara que su libro es un almacén de las costumbres antiguas cuando dice:

Escribo escenas de la vida real y positiva de mi país, cuadros más o menos bien trazados de costumbres que van desapareciendo, de retratos de personas que ya murieron, de edificios que han sido derrumbados; que son una especie de bosquejo de lo que ha pasado, que se ligan más o menos con lo que pasa al presente. Si así sale una novela, tanto mejor; si agrada, es mi mayor deseo, y si por ello me conocen un poco más, me sería indiferente si no deseara dejar a mis hijos algo de herencia moral, ya que la suerte me hizo nacer en un medio de trabajo y de las penas y no en la canastilla de los pesos del águila y de las onzas de oro.¹

En los siguientes dos capítulos se examinará el estilo costumbrista que utilizó Payno, y se observarán en detalle las costumbres tradicionales que con propias de las diversas clases de la sociedad mexicana del siglo XIX.

¹Azuela, op. cit., p. 84.

CAPITULO III

EL COSTUMBRISMO

Su evolución e importancia en México

A mediados del siglo XIX, México se hallaba en un estado de caos. Debido a la lucha por la independencia y la guerra política entre los conservadores y los liberales, el gobierno se hallaba en bancarrota; los monarquistas esperaban la oportunidad de traer a un soberano foráneo; el país se encontraba con multitudes de muñidores que usaban sus altas posiciones sólo para sus propios intereses; y la guerra con los Estados Unidos, para que obtuviera este país el territorio de Texas, era inevitable. En estas condiciones era natural que los autores mexicanos pesimistas y descontentos escribieran novelas para el pueblo con el intento de reformar este estado deplorable.

Los literatos, influidos por lo que hacían los españoles, franceses e ingleses, se pusieron también a observar y estudiar en detalle el ambiente social y político, reproduciéndolo en sus "cuadros de costumbres". Los cuadros llenos de escenas de la vida antigua son como retratos que eternizan un momento específico de la realidad guardándola para la posteridad. Con ellos también trataban de "dejar constancia de un momento determinado con sus gentes, sus

hábitos, sus modos de vivir, de hablar, de decir, con la exaltación de sus virtudes, la burla de sus defectos o la vituperación de sus vicios ... ".¹ Esta novela de costumbres tenía un propósito explícito en México según Pedro Henríquez Ureña, un profesor nacido en Santo Domingo, y se le cita en un artículo de costumbres. Este fin se explica así:

The cuadro de costumbres was a criticism of social life, often with the avowed public purpose, the correction of antiquated and injurious habits. It was related to political literature, to the writings of men who wished to remodel society and the state, such men as the Mexicans of the Reforma movement ... ²

En la capital de México en 1851, se publicó por primera vez el periódico La Ilustración mexicana que contenía el concepto tradicional de la función del "artículo de costumbres". He aquí la intención de estos cuadros:

Para corregir los vicios y los defectos de que por desgracia adolencen las sociedades, no bastan a veces hay, sí, una arma terrible: el ridículo. En todos los pueblos ha sido necesaria la sátira más o menos amarga, y es inmenso el número de escritores de esta clase, desde Aristófanos y Juvenal, hasta Figaro y Bennecke. Producciones satíricas, estudios de costumbres, etc., etc., verán la luz en La Ilustración [sic], y siempre se atacarán defectos generales, sin dirigirse jamás a persona determinada.³

¹"Costumbrismo", Enciclopedia de la cultura española, ed. Florentino Perez-Embú, II (1963), 550.

²Germán Arciniegas, "Los cuadros de costumbres y las malas costumbres," Revista Iberoamericana, XXI (enero, 1956), 245.

³Jefferson Rae Spell, "The Costumbrista Movement in Mexico," PMLA, L (mayo, 1935), 299.

En la introducción al segundo volumen de La Ilustración mexicana se encontraba esto:

Los escritores de costumbres son generalmente estimados por la ligereza de su estilo y por las sanas miras que envuelven. En este género, todavía naciente en México nuestros ensayos tenderán a ser pintura fiel de nuestra sociedad, si bien en ellos es preciso dejar pasar algunos rasgos de exageración, pues sin esto no se logra hacer ridículos ciertos defectos u odiosos los vicios que carcomen a todos los países.¹

El interés por las costumbres es universal y se inició bastante antes de mediados del siglo XIX. Cada país tiene costumbres. Sofía Tartilán, autoridad en materia de costumbres populares en España, cree que no hay pueblo sin costumbres y dice:

Las costumbres son, sin duda alguna, la fisonomía moral y física de los pueblos. Podrá haber pueblos sin arte, sin literatura, sin diplomacia, ni civilización; pueblos que desconocen por completo todas las delicadezas de la sociedad culta, todos los refinamientos; del lujo, todos los adelantados del progreso; pero no hay, de seguro, ninguno, por remota que sea la zona en que se encuentre situado, por grande, por supina que sea su ignorancia, por desconocidos que le sean los beneficios de la civilización, que no tengan dos cosas: Religión y costumbres. No, no hay pueblo sin costumbres, como no hay, no puede haberle, que no rinda culto a una idea religiosa, sea cual fuere su forma. Las costumbres forman parte de la vida moral y material de los pueblos, y ni la gran planca del progreso, que ha removido las montañas y trastornado el mundo, ni el cosmopolitismo, cualidad que el hombre posee en alto grado, han podido borrar ese sello que distingue las razas, que da a conocer a los pueblos, que hace recordar lo que las vicisitudes de la vida y de la fortuna parecían haber alejado de la memoria: las costumbres del país.²

¹Ibid., p. 300

²Sofía Tartilán, Costumbres populares (Madrid: Establecimientos Tipográficos de M. Minuera, 1880), pp. 1-2.

No cabe duda que el estilo en el que se narran estas costumbres--el costumbrismo de México--quedó influido por los modelos antiguos y contemporáneos de España. Es necesario trazar la evolución de los "cuadros de costumbres" en España porque allí se desarrollaron en pleno y se hicieron un modelo para que de ellos se inspirasen otros literatos. A través de las épocas hubo brotes de costumbrismo español en tiempos anteriores al siglo XIX. Los cuadros de costumbres son tan viejos como la literatura española o romana.

Séneca--dice Arciniegas--conversaba con Petronio, [y] fue mucho lo que debieron avanzar por el terreno costumbrista los dos ingenios neronianos. Alguien ha dicho que el Satyricón de Petronio podría señalarse como un remoto ascendiente de los cuadros de costumbres. Y no hay que olvidar que el entusiasmo de Séneca por los cínicos era los más español de su espíritu.¹

También se encuentra algo alusivo a una u otra costumbre del siglo XV en el Corbacho libro escrito por el Arcipreste de Talavera. En la Enciclopedia de la cultura española, se cita a Menéndez y Pelayo quien piensa que esta obra "era una impresión de la realidad castellana".² Este libro consiste en cuatro partes; la cuarta trata de las maldades de las mujeres, y nos da un cuadro de las costumbres mundanas de aquel tiempo. El arcipreste con un estilo directo, rico, y lleno de gracia nos dejó el conocimiento de las modas, los

¹Arciniegas, op. cit., p. 246.

²"Costumbrismo", loc. cit.

trajes, y los secretos de las mujeres que trataban de enamorar o burlarse de los hombres.

Otro antecedente español de la novela de costumbres en el siglo XVII fue Miguel de Cervantes Saavedra autor de Don Quijote de la Mancha. Sus obras son representativas de su época.

El costumbrismo en los cuentos y la novela, aunque, en cierto modo--solo en cierto modo--, podríamos hallar un precedente en las Novelas ejemplares, de Cervantes, donde su tendencia realista, tan distante de la del siglo XIX, y sus toques de tipo histórico¹ ofrecen un testimonio de las costumbres de su tiempo.

Jefferson Rae Spell cita a José Joaquín Fernández de Lizardi, el precursor del costumbrismo en México, cuando este creyendo que hacía la misma cosa en sus obras que el gran héroe de Cervantes, Don Quijote, nos dice, hablando del caballero andante que:

D. Quijote también moralizaba y predicaba a cada paso, y tanto que su criado le decía que podía coger un púlpito en las manos y andar por esos mundos predicando lindezas.²

Los españoles que en el siglo XVII han figurado como costumbristas fueron Antonio de Liñán y Verdugo, Juan Zabaleta, Francisco Santos y Fulgencio Afán de Ribera. Antonio de Liñán usó el nombre de Fray Alonso Ramón en su

¹Ibid., p. 522.

²Jefferson Rae Spell, "Mexican Society As Seen By Fernández de Lizardi," Hispania, VII (May, 1925), 146.

obra principal Guía y avisos de forasteros a donde se les enseña huir de los peligros que hay en la corte la cual es típicamente costumbrista y donde aparecen una serie de figuras picarescas de lo más variado.¹ Juan Zabaleta escribió El día de fiesta por la mañana y la continuación El día de fiesta por la tarde las cuales son dos obras que manifiestan la vida cotidiana madrileña. Francisco Santos, soldado de la Guardia Real de Felipe IV y Carlos II escribió la obra de dieciséis tomos donde se encuentran todas las clases sociales de su época especialmente en su novela Día y noche de Madrid, discurso de lo más notable en el país. El último que se puede incluir en este grupo es Fulgencio Afán de Ribera, quien escribió Virtud al uso y mística a la moda la cual consiste en varios cortos documentos de valor para la historia de las costumbres.

En el siglo XIX surge el cuadro costumbrista con toda fuerza en España. De los más representativos de ese siglo y los españoles que contribuyeron más al desarrollo del estilo costumbrista en México fueron Ramón Mesonero Romanos y Mariano José Larra.

El primer modelo español de gran importancia que influyó a los autores mexicanos fue Ramón Mesonero Romanos (1803-1882) un costumbrista madrileño. Apasionado por su

¹"Costumbrismo," loc. cit.

villa natal y dedicándose a la investigación de la historia y costumbres de su país, fue nombrado cronista de Madrid. De su habilidad con su pluma, se encuentra esto escrito de él:

Mesonero es un atento, pero bondadoso observador de su tiempo; su obra está muy lejana a la censura acre y malintencionada, sin que falte en ella la observación aguda y la nota intencionada de los defectos de sus contemporáneos.¹

Sus artículos, fueron muy leídos en España y elogiados por su contemporáneo José Mariano Larra. Mesonero, dedicándose al estudio de la vida y costumbres de Madrid a mediados del siglo XIX, escribió su libro Manual de Madrid: descripciones de la corte y la villa. De esta obra, nacieron las ideas para escribir descripciones costumbristas que dieron principios a una serie de artículos. Estos que le han dado fama a este autor que escribía con el seudónimo de "El curioso parlante", se agruparon en tres series: "Panorama matritense" (1832-1835); "Escenas matritenses" (1836-1942); y "Tipos y caracteres" (1843-1862). Se publicaron en las revistas Cartas españolas y Semanario pintoresco periódicos que ejercían bastante influencia literaria. Mesonero, aunque fue el primer español que usó el seudónimo en sus artículos en el periódico y fue imitado por sus contemporáneos, no fue el que inició este estilo: sino que, sus modelos fueron el francés, Victor de Jouy y el inglés, José Addison.

¹Ibid.

El literato Jouy, escribiendo con el seudónimo de Victor José Etienne, influyó considerablemente con su obra L'Ermite de la chaussée d'Antin y Tabluae de Paris. Este fenómeno literario se produce paralelo a la novela romántica y, en cierto modo, como traposición a ella: frente a la exaltación idealista y frente al estilo declamatorio. José Addison era uno de los colaboradores de The Spectator y The Tatler. De Mesoneros y de Addison, los mexicanos aprendieron bastante; otro gran costumbrista y precursor de ellos fue Mariano José Larra (1809-1837).

El artículo de costumbres alcanza a llegar a la máxima dignidad y categoría con Larra. Se atrevió a escribir toda clase de géneros literarios: drama, poesía, novela y ensayo. Cuando escribía para los periódicos de su día usaba el nombre fingido de "Fígaro", aunque se valió también de otro, "El pobrecito hablador". Sus primeros comienzos fueron los de poeta, pero indudablemente fue su labor como articulista de costumbres la que le consagró como uno de los escritores más notables de su tiempo. El género de sus artículos tenía una influencia francesa. En sus obras eleva al costumbrismo desde un plan menudo y frívolo a uno de superior jerarquía literaria. Larra hablaba contra los defectos que encontraba a su paso. En su artículo, "El castellano viejo", atacaba a los que hacían gala del castecismo en sus costumbres y resultaban de mala educación.

En "Vuelva usted mañana" satirizaba a la burocracia española, y en "El álbum" se burlaba de la gente con el afán de acumular firmas y dedicatorias. Conservando el tono del artículo de costumbres, presentó una actitud de crítica y censura contra la España que él amaba y que conocía. Fue un verdadero precursor para los de la generación del '98.

Después de la muerte de Larra en 1843 apareció un periódico en México que dio bastante ímpetu al desarrollo del costumbrismo. El periódico Recuerdos y bellezas de España consistía de puros artículos escritos por autores españoles que se habían escrito en la península antes de este año pero que fueron reimpresos en esta obra. Se hallaban alabanzas a Larra y se encontraba un epitafio para él:

Nada nos queda nuestro, sino el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad presente, tropezamos en nuestra marcha adonde quiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas ...¹

España puede estar orgullosa de los precursores del costumbrismo moderno porque son de superior categoría, pero México también puede ampliar su lista de costumbristas que contribuyeron a la literatura de su país según dice Germán

¹Spell, "The Costumbrista Movement in Mexico", p. 294.

Arciniegas en su estudio de las costumbres de América.¹ Desde antes que el español Antonio Liñán Verdugo escribiera en 1620 su Guía y avisos de forasteros a donde se les enseña a huir de los peligros que ay en la Corte, "se pueden encontrar estupendos casos de 'cuadros de costumbres,' envueltos en picaresca, en los libros de los primeros cronistas de América."² Arciniegas cita a Mariano Picón Salas, que nos dice:

Bernal Díaz del Castillo le daba la impresión de esos viejos campesinos que se sientan a recordar historias al pie del fogón, en las veladas rústicas que transforman el retrato de los sucesos heroicos en alegre y deliciosa evocación comadrera.³

Sigue comentando Arciniegas que:

Todavía estaba fresca la fundación de Santa Fe de Bogotá cuando Rodríguez Fresle escribió el famoso Carnero; con tan estupendas historias de brujas, de crímenes, infidelidades y otras novedades que obligado a muchos a clasificar su relato como una historia picaresca.⁴

El siglo XVIII con la ilustración y el volteriano que toma la vida europea tiene un gran impacto en la vida en América. El mexicano comenzaba a pensar por sí mismo, leía la enciclopedia y conversaba con los sabios como Humbolt. Creía que la época de la colonia era una estupidez porque vivían en el pasado con las ideas de los siglos medievales

¹Arciniegas, op. cit. p. 247.

²Ibid.

³Ibid.

⁴Ibid.

y los jóvenes repudiaban estas condiciones. Entre estos jóvenes se encuentran luchadores para la justicia. El gran héroe de la independencia espiritual azteca fue Fray Servando. De su literatura se observa que:

Es difícil encontrar en la propia literatura española una obra tan sarcástica como la de el mexicano fray Servando Teresa de Mier en que pinta sus viajes por Madrid, Bayona, París, Roma, Napoles, trazando en cada caso cuadros de tan corrosivo y alegre realismo, que pueden sin dificultad desprenderse del texto y ofrecerle como un capricho puesto en aguafuerte.¹

En los principios del siglo XIX en México, escribe José Joaquín Fernández de Lizardi, el primer héroe que combatió con las armas del ingenio por la lucha de la libertad de imprenta. Este hombre de atrevimiento, de sabiduría, y de valor usó el estilo costumbrista como un medio para llegar a la gente. En 1812, siendo censurada la prensa libre, comenzó a expresar sus ideas progresivas con el pretexto de escribir sobre las modas y costumbres de su tiempo. Escribiendo con el seudónimo de "El pensador mexicano", fue un verdadero erudito que comprendía su época. Teniendo un espíritu de rebeldía, escribió ejemplos malos y buenos para enseñar a sus lectores qué camino llevar para verse libres, no sólo de España, sino también de ideas supersticiosas que los encandenaban a las épocas pasadas. Estaba descontento con la desigualdad de las riquezas, con el sistema de educación, y hasta con las multitudes de perros que se

¹Ibid., p. 248.

encontraban en la ciudad. Durante su época, existían tres clases sociales: primero, los ricos que vivían rodeados de criados; segundo, una clase media, sin dinero pero con orgullo en sí mismos; la tercera, las masas de las indígenas, que eran ignorantes e indigentes. En un estudio de Fernández de Lizardi, Jefferson Rae Spell cita un artículo del Pensador donde se suma toda la sociedad mexicana.

Hay de todo con desproporción. Esto es: hay una multitud de pobres de mediana clase que jamás respiran con libertad, ni gozan todo lo que apetecen: hay una infinidad de gente vaga, viciosa y miserable que o no come, o si come es mal y si viste es peor; pero hay algunos pocos ricos que cada uno de ellos es bastante a comprar treinta condazgos y cincuenta baronías de su tierra de U. y quedarse tan poderoso como antes.¹

Fernández de Lizardi se preocupaba por la clase media. Es contra ésta que dirigía sus ataques. Se reía de sus desatinos y de sus flaquezas. Se mofaba, por ejemplo, que no querían trabajar, porque creían que se indignaban si hacían trabajos manuales. El Pensador atribuye a su pereza su condición de decadentes. Para describir esta gente, Spell cita el artículo "Diálogo entre el tío Toribio y Juanillo" donde Fernández de Lizardi dice:

... es la más insoportable. Un demonio es esto de haber nacido en buenos panales (aunque todos los panales son panales), haberse criado con una regular educación, y haber heredado un Don a modo de sonaja o cascabel. Estos tenemos más que sufrir en la miseria que los últimos infelices de la plebe.²

¹Spell, "Mexican Society As Seen By Fernández de Lizardi," p. 147.

²Ibid.

Este luchador de la gente vociferaba todas sus quejas y no cesaba aunque se ponía en oposición con los diversos partidos políticos. Según John S. Brushwood en su estudio de la novela romántica opina esto de él:

He was not above contemporary compromise if he felt that his ends could be served best; and as a result, he more than once found himself in disfavor with both the loyalists and the insurgents. In a world of disappearing constitutional guarantees and censorship, however, Fernández de Lizardi finally reached a point where he no longer was willing to compromise. Then it was that he turned to the novel.¹

Su obra maestra El Periquillo Sarniento fue escrita en forma picaresca pero está repleta de materia costumbrista. Trato de escribir una prosa que reflejaría con fidelidad el medio físico, moral, y social del país. Fernández de Lizardi nos dejó un verdadero retrato de la ciudad de México y es en realidad un "Don Quijote" que predicaba para tratar de enderezar los males que existían.

Después de Fernández de Lizardi, en 1836, aparecieron bastantes artículos de costumbres con un estilo más pulido. En este mismo año en que "El curioso parlante" se encontraba escribiendo en España, Guillermo Prieto, un importante autor, editor, senador, profesor y socio de Manuel Payno, escribía bajo el nombre de pluma "Don Benedetto". Escribió varios

¹John S. Brushwood, The Romantic Novel in Mexico (Columbia: The University of Missouri Studies, 1954), p. 13.

artículos que se basaban en los temas tradicionales de España y entre ellos se hallaban "Un domingo," "Ensayo histórico sobre las modas," "Lecciones a un periodista novel," y su mejor artículo, "Las doncellas." En éste, escribe sobre su visita a la casa de una viuda que trata de mantener a sus tres hijas con la venta de sus costuras. Al transcurso de su artículo nos lleva por la calle Bucareli donde da un paseo, y después concluyendo su ensayo habla de una tertulia que se llevó a cabo en la casa de unos criados de la nobleza. Se ven en esta tertulia, el modo en que los criados tratan de imitar a sus amos.

En el artículo de Spell sobre el costumbrismo en México se encuentra una cita de Guillermo Prieto donde él dice en su obra Memorias de mis tiempos cual fue su primer modelo:

Por aquellos tiempos llegaron a México, coleccionados, algunos artículos de "El curioso parlante," comenzados a publicar en 1838. Yo, sin antecedente alguno, publicaba con el seudónimo de Don Benedetto, mis primeros cuadros, y al ver que Mesonero quería escribir un Madrid antiguo y moderno, yo quise hacer lo mismo, alentado en mi empresa por Ramírez mi inseparable compañero. Empeñaba mis pasos de estudio, tomando un rumbo, y fijando en mi memoria sus circunstancias más características.¹

¹Spell, "The Costumbrista Movement in Mexico," p. 291.

Para el año 1845, Prieto les propuso un plan para los "cuadros de costumbres" y este artículo apareció en la Revista científica y literaria de México, según nos informa Spell:

His influence seems possible in an article on the cuadro de costumbres published that same year by Prieto, for in setting forth the characteristics that the costumbrista essayist should reveal--profound observation, knowledge of the country, tact, and ability to so present types as to cause amusement rather than anger--he is expressing in the main ideas concerning the artículo that Larra voiced in his review of Mesonero's Panorama matritense.¹

Sigue aconsejando Prieto al escritor de costumbres que continúe este difícil trabajo de ser costumbrista, y les informa del merito de los "artículos de costumbres."

Pero no ... debe desmayarse el escritor de costumbres; sus cuadros algún día serán como las medallas que recuerdan una época lejana ... Entonces el escritor de costumbres, auxiliar eficaz de la historia, guardará el retrato del avaro que se enriqueció con las lágrimas del huérfano; entonces la caricatura del rastrero aspirante será una lección severísima; y el chiste cómico derramado en la pintura de esos enlaces mercantiles y disímbolos influirá en la ventura doméstica.²

Guillermo Prieto nos dejó sus ensayos sobre las costumbres tradicionales de México en los periódicos más notables de su tiempo: Revista científica y literaria; El museo mexicano; El álbum mexicano; y El museo popular.

¹Ibid., p. 296-297.

²Ibid., p. 297.

A lo largo de este siglo, se encuentran otros autores de gran importancia que contribuyeron al movimiento costumbrista de la época y estos eran Fernando Orozco y Berra, Francisco Zarco, Hilarión Frías y Soto, José T. de Cuéllar, y Manuel Payno. Fernando Orozco y Berra escribió su obra maestra La guerra de treinta años que trata de los corazones apasionados y no comprendidos. El distinguido periodista Francisco Zarco, mejor conocido por "Fortún," fue uno de los redactores del periódico El Siglo XIX y un colaborador de El Demócrata. Hilarión Frías y Soto dejó impresiones muy vivas de las campañas del ejército con su libro Episodios militares mexicanos, sin embargo, su obra más lograda es ¿Águila o sol? José T. de Cuéllar con su novela La linterna mágica ve claramente y en detalle la vida de su época.

Manuel Payno es el autor que nos ha dejado en Los bandidos de Río Frío, un retrato verídico de México en el siglo XIX.

En el siguiente capítulo se verá como Payno con toda sencillez y lealtad no escribió para la eternidad, sino que escribió para la gente del pueblo, como lo había hecho Fernández de Lizardi. También se revelará como los "cuadros de costumbres" en Los bandidos de Río Frío se encuentran llenos de verdad y de exactitud, y dejan una variedad de ejemplos que muestran la cultura que guardaban entonces las ciudades de México.

CAPITULO IV

EL COSTUMBRISMO EN LOS BANDIDOS DE RIO FRIO

Un voluminoso relato que abunda en costumbres coloridas y pintorescas y que nos da una inmensa visión de la vida social de México en el siglo XIX es la obra maestra de Manuel Payno, Los bandidos de Río Frío. En el prólogo del libro, Antonio Castro Leal cita al historiador y profesor Ralph E. Warner al cual le parece que en esta obra se encuentra "el estudio costumbrista más amplio en la literatura mexicana" y que "nadie en México ha abarcado tan completamente en un solo libro la sociedad entera de una época."¹

Mariano Azuela, un conocido escritor, decía que no pocos califican esta obra "como la novela mexicana más divertida, cuando menos, de cuantas se han publicado hasta la fecha."² Azuela opinaba así del libro:

Como novela--igual que sus congéneres--vale bien poco y su valor se reduce a lo meramente documental. Las felices descripciones de una época de la vida nacional y de ciertos tipos sí tienen vital importancia para cuantos tengan amor o simplemente curiosidad por

¹Payno, op. cit., p. vii.

²Azuela, op. cit., p. 77.

nuestro pasado. De infinidad de páginas abrumadoramente aburridas, quedará compensado ampliamente por no pocas que valen como frescos pintados con fidelidad y vigor.¹

Julio Jiménez Rueda, historiador de la literatura mexicana, cita a Federico Gamboa un contemporáneo de Payno que dice:

Los bandidos de Río Frío son, con mucho, superior a aquel Fistol del diablo que tanto boga diérale, según sus contemporáneos, y a El hombre de la situación, novela de costumbres escrita más tarde: es obra mexicana por sus cuatro costados, sí obedece a plan preconcebido, luce unidad de acción y orientación recta, acrece, con sabiduría y arte, el léxico nuestro, incalculable es el número de mexicanismos que se registran en sus muchas páginas.²

Manuel Payno nos ofrece una visión interesante y extensa de su país, pero para tener un cuadro completo de México en el siglo XIX también se necesita leer el curioso y penetrante libro de Madame Calderón de la Barca La vida en México, que ésta escribió durante sus dos años de estancia en ese país, y El libro de mis recuerdos en la que se narran los hechos que se desarrollaron en la bienaventurada sociedad mexicana y que fueron vistos por los ojos del autor Antonio García Cubas. De estos dos libros se citarán varios pasajes que coinciden con los que Payno nos describe.

Las costumbres que se presentan en el libro, Los bandidos de Río Frío, muestran el carácter, las aficiones,

¹Ibid.

²Julio Jiménez Rueda, Historia de la literatura mexicana (México: Ediciones Botas, 1942), pp. 176.

tendencias, y en general, el ideario de México. Payno, en su obra, describe las clases sociales, los lugares de la viña, que era un montón de basuras, el hospicio, las cárceles, y ciertas fiestas religiosas que existían en el tiempo de su Alteza Serenísimá don Antonio de Santa Anna. En este capítulo, se discutirá en principal el modo de vivir de la gente porque el propósito del autor era presentar las costumbres de la vida tradicional del siglo XIX.

Las clases sociales

La división social se marca en este libro de un modo evidente. La sociedad mexicana se dividía en tres clases: la superior, los nobles y los aristocráticos españoles quienes tenían orgullo en su linaje y en su código de honor; la clase media, los de sangre mezclada, algunos con dinero y otros que vivían en la miseria; y la clase baja, los humildes e indolentes indígenas a quienes las otras dos clases explotaban.

Al describir Payno la manera de vivir de la nobleza, nos damos cuenta de que era una clase prestigiosa que vivía en un lujo excéntrico. En Los bandidos de Río Frío el Conde de Sauz representa a los ricos que vivían rodeados por sus sirvientes. Sin embargo, no todos los de descendencia noble eran ricos. El Marqués de Valle Alegre representa a los nobles empobrecidos que tenían orgullo por ser españoles de sangre pura.

Cuando nos presenta al Conde de Sauz, Payno emplea la sátira al decir su nombre. Nos informa que habitaba una hacienda elegante el "noble y poderoso señor don Diego Melchor y Baltazar de todos los Santos, Caballero Gran Cruz de la orden de Calatrava, marqués de las Planas y conde de San Diego del Sauz."¹ Era alto, delgado, color de cetrino, bigote entrecano, retrocido en forma de cuernos de alacrán, y de ojos pequeños que daban una mirada feroz. A los veintidós años, siguiendo la costumbre de obedecer a sus padres y casarse con las personas escogidas por ellos, tomó por esposa una prima de segundo grado pero de la misma edad. Se casó con ella para mantener la pureza de sangre y para que ni el dinero ni los títulos de nobleza pasaran a manos extrañas.

Payno nos da en minucioso detalle un aspecto del hogar donde vivía esta pareja de la aristocracia. De la hacienda dice el autor:

El interior tenía un aspecto feudal más caracterizado. El patio era espacioso y formando un cuadro sin columnas, ni medias muestras, ni ménsulas, pues los amplios corredores eran sostenidos por bóvedas planas, lo mismo que la atrevida escalera de tres tramos que, formando una majestuosa perspectiva, llamaba la atención desde que se penetraba al zaguán. La azotea, cercada de altas y fuertes almenas y en las cornisas mascarones de leones y perros, que con los ojos saltones y torvos, parecían mirar siniestramente a los que entraban y en la estación de lluvias arrojaban

¹ Payno, op. cit., p. 26.

torrentes de agua por los deformes bocas y convertían el patio en un estanque.¹

Después de esta escena Payno penetra al comedor, la recámara y a otros cuartos que habitaba la familia noble.

La llegada de un varón producía alegría y orgullo en los hombres y el conde anticipaba la llegada de un hijo porque entonces recibiría el título del marqués de Sierra Hermosa y una valiosa hacienda cerca de Zacatecas. Al año de casados vino al mundo una niña y desde ese día concibió un odio profundo para su mujer y su hija. Se marchó después de que se bautizó la niña y no regresó hasta ocho años después.

La costumbre de tener otras mujeres aparte de la esposa era muy aparente en este libro. Dicha costumbre se daba en todas las clases sociales. El conde, despreciando a su esposa, comenzó a salir de noche a divertirse. Las mujeres de la calle lo conocían por el nombre de don Diego de Noche porque lo veían solamente en las noches y nunca lo veían de día.

Tenía sus tertulias de juego y de muchachas del medio mundo, como se dice hoy, en la Cruz Verde, por el Parque del Conde, por el Puente Solano, por andurriales y casas misteriosas conocidas de los que se llamaban entonces calaveras; y allí disfrazado, pues no se daba a conocer más que como un hombre rico del interior, jugaba, bailaba, enamoraba (nunca bebía) y gastaba una buena parte de sus rentas.²

¹Ibid., pp. 26-27.

²Ibid., p. 29.

El odio del conde para su esposa llegó a tal extremo que la amenazó con un puñal diciéndole que si algún día haría algo contrario a sus deseos la mataría. Para que se recordara la condesa de sus palabras puso el puñal debajo de su almohada. Cada noche antes de acostarse, miraba debajo de la almohada para estar seguro que allí estuviera su cuchillo. Poco después de esto, murió su esposa de tristeza y desesperación.

Para tener un ejemplo de la crueldad del conde de Sauz Payno nos enseña como trataba a su cochero. Un día que paseaba en su carruaje, su coche tropezó con un pedruzco y una de las ruedas se desgranó. Se volcó el carruaje y al noble se le hizo un hoyo en la cabeza. Se levantó sin decir una palabra y ganó a pie a la hacienda, que ya no estaba lejos. Al día siguiente, mandó amarrar al cochero a la rueda que había quedado buena y le dijo:

--Vas a recibir tu gala por haberme ayer roto la cabeza--y le tiró tres pesos--; pero también tu castigo para que otra vez tengas más cuidado.¹

Dicho esto, tres mocetones fuertes comenzaron a darle al infeliz con unas cuantas varas de membrillo tales azotes que le escurría le sangre a chorros. Desmayándose lo desataron y lo llevaron a su cuarto, donde por varios días estuvo entre vida y muerte.

¹Ibid., p. 30.

La Condesita Mariana sufrió bastante viviendo con este padre tan insoportable. Amaba a Juan Robreño, el hijo del administrador de la hacienda, pero el conde le impidió el matrimonio con este hombre que no era de familia española. Hizo arreglos para que su hija se casara con su primo el Marqués de Valle Alegre y éste hallándose sin dinero se alegró del asunto. Nunca se casaron porque Mariana había tenido un hijo con Juan y todavía lo amaba.

El honor del conde había sido danado porque el marqués no se casó con su hija. Surge en estas escenas, la costumbre española que era pelear para defender el buen nombre. Para mantener la honra se exigía el duelo. El conde y el marqués se batieron en la biblioteca hasta que los dos se encontraban casi muertos. Los curó un doctor y días después de este acontecimiento el conde le mandó una carta que leía:

Primo:

Si tiene buena memoria, recordará que nuestro duelo fue a muerte, y que puesto que la misericordia de Dios nos tiene vivos, fuerza es que volvamos a comenzar hasta que uno de los dos vaya a la eternidad. Cuando tenga usted su brazo capaz de manejar la espada, lo espera en la biblioteca su primo,

El Conde de Sauz.¹

Nunca hubo un segundo duelo porque el marqués regresó a su

¹Ibid., p. 621-622.

pueblo donde fue desairado por sus otros familiares que esperaban que obtuviera bastante dinero. Así fue el aspecto que Payno nos dio de la burguesía de su tiempo.

La siguiente clase social, la clase media, se puede dividir en tres niveles: los ricos, los de medios moderados, y los pobres. Es a este grupo, al que Payno deseaba hacerles ver sus defectos pero sin pregonaciones ni amonestaciones. Sólo lo hacía con sus ejemplos de las diversas clases de gentes que desfilaban por su libro. Quería traerlos al sentido común para que se enteraran del estado desastroso que existía. Por todas las ciudades y los campos se encontraban robos y asesinatos sin que la policía lograra castigar a los autores.

Los ricos que figuraron en Los bandidos de Río Frío fueron algunos altos oficiales del militar, los abogados, y los doctores. En esta clase, que gozaba de privilegios por su dinero, se hallaban hombres honrados y otros que se hacían ricos por medios ilícitos. Relumbrón era un malvado que durante la novela a veces se arrepiente de sus siniestras hazañas pero que nunca se hizo un hombre de bien.

Siendo hijo ilegítimo de la señora de Los Laureles, mejor conocida por el nombre de "la moreliana", y del platero Santos Aguirre, Relumbrón fue protegido por su padre con el dinero que le mandaba la opulenta señora. Relumbrón no sabía

que su padre era este platero que le prestaba dinero cuando se hallaba con deudas. Se casó con Doña Severa, una atractiva mujer mayor de edad que él, pero con este matrimonio de conveniencia y amor ensanchó el círculo de sus relaciones. Conocía personas notables del comercio, del foro, y de la iglesia. El Presidente lo distinguió, elevándolo a un grado superior, y le dispensó su confianza, con la que pudo establecer bastantes negocios.

Para tener una idea de cómo vivía la etapa alta de la clase media, Payno nos describe el hogar de Relumbrón.

Relumbrón tenía en arrendamiento en la calle... una casa habitación alta con dos salas, ocho recámaras y gabinetes, azotehuela, una amplia cocina y en los bajos, local bastante para los coches y caballos; en el fondo todavía un corral y un jardín; en resumen un verdadero palacio a la antigua, con mamparas de lienzo, puertas irregulares, pesadas mochetas, ventanas altas y bajas en todas las piezas, con rejas de fierro, pero en el conjunto, aunque no brillante y bien decorado, era muy cómoda y podían vivir dos o tres familias.¹

Ya tenía Relumbrón una casa hermosa, pero para establecerse sólidamente en la sociedad necesitaba una familia. A poco más de un año de casados nació su hija María Amparo, que llevó a bautizar el platero a la parroquia del Sagrario. Además de establecer una familia, procuró conocer a personas de diversos caracteres y categorías, que resultaban en una mezcla rara, en la que figuraban las distintas clases de la sociedad mexicana. En esta mezcla rara se encontraban un

¹Ibid., p. 498.

escribano, un capitán o teniente, un senador, un diputado o un director de rentas, un magistrado, un médico, un comerciante, y un usurero. Relumbrón conocía a todo México y todo México lo conocía a él. Quería tener a toda clase de gente como amigos suyos porque un día u otro podría necesitar de un servicio para realizar el gran plan que durante tres años traía en la cabeza, y que era una obsesión constante, que le molestaba y le tenía inquieto y pensativo. Este gran plan era el de organizar el crimen perfecto.

Observando el carácter de este personaje, Payno cala el corazón negro de este hombre. En México a mediados del siglo XIX se encontraban muchos como Relumbrón que deseaban conocer a la gente de quien se podían obtener favores. No eran hombres sinceros sino hombres tan egocéntricos que estaban dispuestos a sacrificar otras vidas con tal de enriquecerse ellos.

Este afán de riquezas era parte íntegra del carácter de Relumbrón. Se consideraba desgraciado y el dinero que tenía no le bastaba. Quería subir y decía, "Arriba, arriba, dinero y más dinero; no importa los medios para adquirirlo."¹ Con el aleciento de riquezas, ideó un proyecto para organizar una "maffia" que tuviera control de todos los crímenes en México.

¹Ibid., p. 506.

Al discutir su plan con el platero, Relumbrón justificó su acción, señalando lo que estaba pasando en el país:

¿Cree usted que soy yo el primero que roba a la nación? Por una hora de asistencia diaria a Palacio, y una guardia cada quince días, trescientos y pico de pesos cada mes. Así son la mayor parte de los militares y empleados. Un oficio mal redactado y que no pasa de una cara de papel, suele costar a la Tesorería sesenta o setenta pesos, porque el escribiente no hace más que eso en un mes, o tal vez nada. Y de los que se llaman banqueros, y de los que el público señala con el apodo de agiotistas ¿qué me dice usted? ¿Cree usted que esas fortunas de millones se pueden hacer en ninguna parte del mundo con un trabajo diario y honesto ... ?¹

Después de su discurso agregó el refrán, "la ocasión hace al ladrón; en arca abierta, el justo peca."²

Relumbrón iba a crear un crimen "con orden".

El robo se hará en grande, con método, con conciencia, 'con un orden perfecto'; si es posible, sin violencia ni atropellos. A los pobres no se les robará, en primer lugar, porque un pobre nada tiene que valga la pena de molestarse, y, en seguido, porque eso dará al negocio cierto carácter de 'popularidad', que destruirá las calumnias e injustas persecuciones de los ricos que sean sabia y regularmente desplumados. Yo seré, pues, el director; pero un director invisible, misterioso, y manos secundarias, que ni me conocerán ni sabrán quién soy, ni dónde vivo, darán aquí y allá los golpes según se les ordene y las circunstancias se presenten, y así marcharán las cosas en los diversos ramos que abraza este plan.³

Estos crímenes que iba a monopolizar eran los robos de la diligencia, de las ciudades y de los campos. También

¹Ibid., p. 519.

²Ibid., p. 520.

³Ibid., p. 520.

estableció una casa de juego y una casa para hacer monedas falsas. Se valió de gentes que se hallaban comprometidos con él para que le manejesen sus negocios. El abogado Lamparilla defendería a los que la justicia enviara a la cárcel. Evaristo, el tornero, se encargaría de los robos de la diligencia, y el licenciado Chupita se ocuparía de los asuntos de la casa de monedas falsas. El plan de Relumbrón sí tuvo éxito por un tiempo, pero cuando se enteró de su complot el abogado, don Pedro de Olañeta, este lo descubrió a las autoridades.

Manuel Payno aparte de describir al alto oficial Relumbrón, también describió a los abogados de su tiempo. Los abogados, don Pedro de Olañeta, honrado y justo, Crisanto Bedolla, sin escrúpulos y Crisanto Lamparilla, egoísta, reflejan el tipo de justicia que se ejercía en aquella época. Como espectador de sus contemporáneos, Payno nos ofrece su punto de vista sobre estos hombres.

Don Pedro de Olañeta era la representación viva de los hombres que "figuraron en la época de transición que convirtió repentinamente el virreinato en imperio y poco después en república federal."¹ Tenía casi sesenta años, pero porque había vivido una vida arreglada y uniforme, había conservado el rigor y la salud. Era alto, derecho, todavía

¹Ibid., p. 170.

en buenas carnes, con pocas canas y a primera vista no se le darían cincuenta años de edad. "Era el tipo del colegial antiguo que, después de doce años de estudios, había llegado a la magistratura. Cursó filosofía, derecho romano y patrio y cánones en el Más Antiguo Colegio de Comendadores Juristas de San Ramón."¹ Era magistrado en la capital de México, pero cuando no pudo seguir su puesto, renunció y su suceso fue Bedolla. Olañeta fue educado a la antigua y era no sólo creyente, sino también cristiano ortodoxo. No admitía dudas ni discusiones en materias religiosas, y defendía los artículos de fe, los milagros, y las apariciones y leyendas piadosas.

Sostenía y probaba con curiosos datos históricos la renovación del Señor de Santa Teresa, la leyenda del Señor de Chalma y del Señor del Rebozo y las apariciones de la Virgen de Guadalupe y de los Remedios. ... ²

A este hombre cristiano le confiaban sus problemas los pobres. Se interesaba con sinceridad por los que se veían acusador de cometer crímenes en que no habían tomado parte. Tenía caridad para los que se les afrentaban. Casilda, una muchacha que había sido amante de Evaristo, el tornero, le pidió trabajo y la empleó como su criada. Siempre sintió por ella un amor platónico.

¹Ibid., p. 170.

²Ibid., p. 171.

Un hombre que se encuentra en el bando contrario a don Pedro de Olañeta era el licenciado Crisanto Bedolla. Este juez novel era un ignorante en derecho, y con ninguna experiencia en la ley. Tenía un cierto talento para el enredo y la intriga y para lucirse con las adulaciones de prensa y las atenciones del Ministro de Justicia. Intimidaba a los presos dándoles a entender que si decían la verdad serían absueltos, pero les hacía al mismo tiempo una serie de preguntas caprichosas.

Durante el tiempo en que Bedolla era juez, ocurrían muchos robos y asesinatos, pero nunca se les castigaba a los autores. A este juez le ejercía presión el público y la prensa para que aprendieran a los bandidos. Para verse severo, Bedolla, aprendió a ciertas personas inocentes y las acusó injustamente de ser cómplices en un asesinato. Una de estas personas era una mujer inocente que fue acusada de matar a su vecina. Bedolla habló así de esa situación:

... la prensa se queja de falta de seguridad en los caminos, en las calles, aun en las casas mismas, y observo una cierta inclinación a que lo más pronto posible haya siquiera dos o tres ahorcados para satisfacer la vindicta pública; así comenzaremos por estos; y sobre todo, una mujer ahorcada hará mucho efecto; me dicen que hace muchos años que no se ahorca a una mujer y ya verán que Bedolla se sabe amarrar los calzones y manda a Mixcalco a una mujer lo mismo que a un hombre.¹

El tercer abogado, Crisanto Lamparillo, no era tan injusto como Bedolla. Lamparillo era de profesión un

¹Ibid., pp. 178-179.

picapleitos. Día y noche se preocupaba con el negocio de obtener las tierras de Moctezuma III. Siempre inspiraba horror a los trabajadores del Ministerio. Donde quiera que volteaban los empleados a ver lo encontraban. Lo veían en las escaleras, en los corredores, en todas partes, y con mucha cortesía y atención les suplicaba que se interesaran por el caso de recuperar las tierras. Los empleados se encontraban aburridos, desesperados, y sin poder quitarse a Lamparilla de encima. Este después de tanto tiempo que se interesó por el caso de Moctezuma III, lo ganó.

Lamparilla fue el mismo que le iba a ayudar a Relumbrón para poner en libertad a los bandidos en caso de que fueran encarcelados. Al descubrirse el escándalo, del crimen perfecto, Lamparilla siendo muy vivo y teniendo facilidad de palabras, hizo valer su inocencia. En el transcurso de la obra, se enamora de Cecilia, una trajinera que vendía frutas en su chalupa, y se casó con ella aunque no tenía educación y no era de su nivel social.

Aparte de hablar de los militares y de los licenciados, Payno nos describe a los doctores de la época. El doctor Cordorniu representaba el erudito y sabio hombre de medicina. Era costumbre de los doctores ir de rancho en rancho cuando se necesitaba su ayuda. Al estudiar el caso extraño de doña Pascuala, la dueña del rancho de Santa María de la Ladrillera, se revela su conocimiento de la medicina moderna. Cuando

llegó al rancho, la examinó, le tomó el pulso, y se informó, en fin, de cuánto le convenía a un médico moderno. Al no descubrir la raíz del mal, consultó con sus compañeros y todos estudiaron el caso. Se trató de un caso muy raro para él, y no hallaron ninguna cura. Doña Pascuala cuando supo que los doctores no sabían como curarla mandó a traer a las brujas y curanderas del pueblo.

Se ha visto que los militares, los licenciados, y los doctores pertenecían a la etapa alta de la clase media, les seguían los comerciantes y negociantes que tenían sus propios negocios y que se encontraba viviendo cómodamente. Los dos personajes correspondientes a esta etapa son Cecilia, la trajinera, y don Santos Aguirre, el platero.

Cecilia había heredado dos trajineras y doscientos pesos de su madre. Vendió una de las trajineras y se quedó con la otra para su servicio en la cual hacía viajes a Chalco y estableció en la plaza del Volador un buen tejido donde podía quedarse de noche. Dedicándose al comercio de frutas, ganó bastante dinero y aumentó su capital, con el cual compraba perlas, diamantes, anillos y rosarios de oro en el Montepío. Vivía en un casa propia situada a la orilla del canal, que tenía un desvío por el que entraba agua al patio. Era un edificio viejo, medio arruinado, con dos patios, un corral, y muchos cuartos con techos medios podridos donde encerraba fruta, remos, trastos, y palos viejos.

Siendo persona de buen carácter, honrada, y simpática, tenía bastantes pretendientes aparte del licenciado Lamparilla. Cecilia era una mujer decente, y en su canoa, "La Voladora", se respetaban las mujeres y se exigía la moralidad. En otras canoas a veces cohabitaban ambos sexos en una habitación. Pero en la de Cecilia jamás pasaban tales cosas. El ambiente de la canoa era rígido como un convento, no alquilaba los toldos sino a una sola persona o familia, y jamás permitía que se mezclasen los sexos. Cecilia les decía a los pasajeros, "En su casa y en la calle, cada quien puede hacer lo que quiera; pero, en mi canoa tienen que portarse como señoras decentes y niñas honradas."¹ A esta mujer la respetaban y la admiraban. Era bondadosa con los niños y los pobres. Le ayudó a Juan, el hijo ilegítimo de Juan Robreño y la Condesa Mariana. Fue una de las figuras más bien caracterizadas y una de las inolvidables del libro.

Santos Aguirre era un próspero platero que había comenzado como aprendiz, ascendiendo después a oficial, y finalmente sucedió a su maestro en el taller. En su vejez ya era hombre rico que había hecho su dinero comprándole a doña Viviana, una mujer que vendía joyas robados, alahajas y las montaba en diferentes anillos. Del comercio del platero

¹Ibid., p. 159.

nos dice Payno: ¹

En la calle de Ortega hacía su comercio con la gente rica y pudiente de la capital; recibía a las amas de llaves y lacayos y aun a las mismas señoras duques y marqueses que necesitaban hablarle a solas y comunicarles sus asuntos con la mayor reserva. En el barrio de Santa Cruz recibía a los pobrecitos, envueltos a veces en una simple frazada y otras con buenas calzoneras con botonadura de plata, que también vendían y compraban joyas de valor.¹

El platero y Cecilia fueron dos buenos ejemplos de la segunda etapa de la clase media. La tercera etapa de la clase media se componía de bandidos y de los más miserables seres, los mendigos. Evaristo, un asesino y malhechor, era un buen ejemplo de la clase más baja que existía. La querida de él, fue Casilda, la que después trabajó como criada en la casa de don Pedro de Olañeta. Evaristo se había cansado de sus amores con Casilda y la quería matar, pero no lo hizo porque le tenía miedo a la cárcel. No la mató, pero le dio tantas palizas y cachetadas que ella se cansó de él, y se marchó. Sin embargo, sí mató a Tules, la mujer con la cual se casó. Este asesino llegó a ser un malvado que robaba a la diligencia y el robo se efectuaba de este modo:

Los indios que se destinasen para el asalto, deberían cubrirse la cara con una máscara negra, y vestir una cotona de cuero amarillo oscuro; sus armas serían un grueso garrote, y los dos fusiles viejos, cargados con munición gorda. El caso de derrota, de retirada o

¹Ibid., p. 483.

de persecución, estaba previsto. Los indios se desper-
sarian por la espesura del bosque, no corriendo y
deslizándose por los matorrales, sino arrastrándose como
culebras hasta llegar a agujeros que en diversas direc-
ciones habían hecho, y allí depositar la máscara y la
cortona y aparecer después en la fábrica de carbón
cortando palos.¹

Estos robos eran costumbre frecuente en la capital de México
y los pasajeros de la diligencia viajaban con miedo y
trataban de llevar encima la menor cantidad de dinero posible.

Aparte de Relumbrón, también se encontraban otros
bandidos que vivían en los campos y en las ciudades. Existía
una diferencia entre estas dos clases de bandidos. Los de
los campos tenían nombres cristianos y cuando cometían
crímenes eran cara a cara. Los de la ciudad obtenían nombres
de animales como la Zorra, el Tecolote, y la Garrapata y se
escondían en la obscuridad detrás de una esquina para cometer
un crimen.

En esta clase baja, también se encontraban los
mendigos y los léperos. Al hablar de los mendigos el autor,
Antonio García Cubas, en su obra Libro de mis recuerdos, des-
cribe la manera en que estos pedían caridades. Los mendigos
eran unas humildes personas de México que se dedicaban al
oficio de lazarillos y pedían limosnas en los zaguanes de las
casas. Imploraban una caridad diciendo, " Ave María Purísima!

¹Ibid., p. 273.

Una bendita caridad para este pobre ciego."¹ Después del segundo o tercer grito bajaba alguna criada con comida que el mendigo echaba en un saco de lienzo.

Continúa García Cubas diciendo de los mendigos:

Algunas ocasiones parábanse dos en una esquina, uno frente de otro para recitar versos, algunas consejas o la doctrina cristiana por el sistema catequístico; generalmente eran ancianos, disguiéndose, uno, el de la capa raída, por un parche de tafetán verde que le tapaba un ojo, y otro, el de la cabeza vendada, por su saco de paño, que de color café había pasado, por la inclemencia del tiempo a tornasol.²

Madame Calderón de la Barca también habló de los léperos, unos seres pobres, en su libro La vida en México. En su obra se encuentra lo siguiente en una carta que le mandó a su hermana Kate.

Mientras escribo, un horrible lépero me esta viendo de reojo, a través de la ventana, recitando un interminable y extraña quejumbre, al mismo tiempo que extiende su mano con sólo dos largos dedos: los otros tres han de estar probablemente atados con disimulo. 'Señorita, señorita, por el amor de la Santísima Virgen, por el amor de la purísima sangre de Cristo, por la milagrosa Concepción ... ' ¡El infeliz! No me atrevo a levantar la vista, pero siento que sus ojos se han fijado en un reloj de oro y en unos sellos que se encuentran sobre la mesa. ... Corrí a llamar a los sirvientes, mandándole con el primero que se presentó algunas monedas.¹

¹Antonio García Cubas, El libro de mis recuerdos (México: Editorial Patria, S. A., 1945), p. 224.

²Ibid.

³Madame Calderón de La Barca, La vida en México (México: Editorial Porrúa, S. A., 1967), p. 46.

A la última clase de la escala pertenecían las masas dóciles de los indígenas. Esta masa formaba la mayor parte de la población de México. No poseían ni tierras, ni casas. Caminaban en grupos como peregrinos, sin equipaje ninguno excepto un sombrero de petate y un calzón de lienzo, y trataban de buscar trabajo. La mayoría de los humildes indígenas carecían de patria. El autor nos dice que en México estos pobres indios "Vivían, se enfermaban, sanaban, se morían, como perros, sin apelar a nadie ni a nadie más que a ellos mismos."¹

Payno habló también de las hechiceras y de las curanderas que pertenecían a la clase baja.

Las curanderas y hechiceras se ven por la gente como personas importantes de sus vidas porque estas se manifiestan como mensajeras de Dios o como personas que tienen un don de Dios. Son adivinas y consejeras también. Obtienen nombres respetuosos como don y doña.²

Japila y Matiana eran dos curanderas a quienes un indio viejo, que era como el jefe o rey de la miserable colonia en que vivían, les había enseñado a recoger las yerbas sembradas y hacer con ellas "conocimientos medicinales

¹Payno, op. cit., p. 12.

²Hilda E. Montemayor, "Relato y estudio de ciertas supersticiones y leyendas de Laredo, Tejas, y su cercana frontera." (Unpublished Master's thesis, Department of Foreign Languages, Texas Woman's University, 1969), p. 50.

que tomaban en sus enfermedades, porque jamás médico alguno educado en los colegios o en la Universidad, había pisado los linderos de esa tierra."¹ Ellas hablaban su idioma azteca y el español lo hablaban mal. Tenían la costumbre de mezclar las tradiciones de su antigua religión, con el cristianismo. Creían en la Virgen de Guadalupe y la confundían con su diosa Tonántzin. Jipila y Mariana fueron las curanderas que Payno conocía en su siglo.

Se han visto desfilar en las páginas de Los bandidos de Río Frio toda clase de gente con sus propios costumbres y maneras de vivir. Además de tener interés por la gente de su país, Payno también se preocupaba por ciertas condiciones que existían en la viña, el hospicio, y en las cárceles de México.

La viña, el hospicio y las cárceles de México

Manuel Payno nos presentó con toda sinceridad y naturalidad la viña, el hospicio y las cárceles de su época, con el deseo de corregir las condiciones en la ciudad de México, pero al hacer esto no pregonaba ni amonestaba.

La viña tenía su población especial, que se componía de traperos, mendigos y de perros. Por la noche la habitaban

¹Payno, op. cit., p. 12.

los matuteros y rateros que no tenían casa ni hogar. Ninguna persona de la ciudad se atrevía a caminar por la viña después de la noche.

Todos los días, los traperos esperaban a que llegaran los carretones llenos de pequeñas montañas de basura para escarbar y tratar de encontrar pedazos de fierro, platos quebrados, trapos, zapatos viejos o cualquier cosa que les pudiera servir. No era extraño que encontraran en la basura objetos de valor. Los mendigos o pordioseros no escarbaban en la basura; ellos observaban si algo de lo que recogían los traperos les convenía y se lo compraban al contado. Si no encontraban algo de valor, regresaban a las puertas de las iglesias o a las esquinas a continuar pidiendo dinero a los que pasaban.

A mediados del siglo XIX, se encontraba una numerosa cantidad de perros en la viña. Los perros no habían permanecido allí durante la época colonial. Payno nos informa que durante el tiempo de la colonia existía un cierto conde Revilla Gigedo que era gobernante de México. El conde observó que había muchos perros vagabundos, y dispuso que los zapateros pusieran diariamente una cubeta llena de agua limpia en las puertas de sus talleres. Fue muy fácil cumplir esta regla porque los zapateros tenían la costumbre de trabajar en las puertas de los zaguanes y así, cumplían esta disposición. Como no existía río ni corrientes accesibles cerca de la

ciudad, los perros con esto, tuvieron modo de aplacar su sed. Desde el tiempo de la colonia se hizo esta costumbre.

No siempre fue bien el tratamiento que se daba a los perros. Para formar contraste, a mediados del siglo XIX se condenó a muerte cruel la raza canina. Esta ejecución les tocó a los serenos. Al oscurecer y después de encender sus farolillos, se armaban con gruesos palos y encontrándose un pobre perro le rompía las costillas o la cabeza. Si no podía correr el perro, allí lo hacían pedazos, si podía correr le quebraban una pierna y le pegaban hasta que lo dejaran en un chasco de sangre. Por toda la ciudad se podían oír los quejidos de los perros y muchas veces era imposible dormir. A los serenos se les pagaba un real por cada cadáver de perro que produjeran.

La viña, el hogar de los infelices, tenía un aspecto especial. De las ocho a las once de la mañana presentaba un aspecto alegre si acaso pudiera haber alegría en los corazones de estas gentes pobres. El sol se reflejaba en los trastes y en los vasos rotos. Según Payno:

... los restos de legumbres que desperdiciaban las cocineras, recobraban con el sol su tinta verde, y las cúspides de aquella extraña serranía estaban llenas de muchachitos casi desnudos y de hombres que, vestidos de harapos y remiendos de colores, se destacaban desde lejos, como si fueran los bocetos de un cuadro al estilo Díaz, y luego los carretoneros iban y venían, apostrofaban a sus mulas, reían y platicaban entre sí, como si fuesen las gentes más felices del mundo, y uno que otro arriero solía

dirigirse por las orillas de este extraño lugar por si los burros encontraban para almorzar algunos rabos de cebolla u hojas de col.¹

Ya para los doce de la mañana se quedaba la viña vacía.

No había ni traperos, ni arrieros, ni perros. El sol comenzaba a calentar las montañas de basura y se comenzaban a desprender gases mortíferos y deletereos que el viento se encargaba de introducir hasta las casas de los más ricos en la capital.

Manuel Payno estaba disconforme con la pobreza de su pueblo e hizo este comentario:

No sabemos ni queremos averiguar si fue un virrey o un presidente o un ayuntamiento el que dispuso que se tirasen en ese lugar las basuras y los desechos más asquerosos de la ciudad, que ya tenía sin duda más de ciento veinte mil habitantes; pero el hecho es que así se ejecutó durante muchos años, y que más culpables y dignas de crítica son las autoridades que lo toleraron, que las que en su principio lo dispusieron.²

Otra institución que necesitaba reformarse era el hospicio. Este lugar era el refugio de algunos niños sin hogares y sin familias. Los directores eran muy austeros con los desgraciados niños y no manifestaban la menor inquietud por ellos. Los muchachos estaban mugrientos, con los cabellos espesos y enmarañados, y en la cabeza mantenían a veces asquerosos insectos que vivían de la sangre.

¹Ibid., p. 46.

²Ibid., p. 44.

Trataban de hacer de ellos aprendices pero en realidad tomaban ventaja de ellos. Les enseñaban el arte de la carpintería a los que deseaban seguir este comercio; a otros les enseñaban a escribir o los ponían como ayudantes de los cocineros y lavaban los trastes y ayudaban a guisar las detestables sopas.

Como este hospicio se mantenía con donativos y caridades, a veces no había suficiente dinero para comprar los alimentos de los niños y siempre les debían dinero a los que les vendían las provisiones. En la acreditada tienda "La Flor de Bilbao", situada en la calle de la merced, los comerciantes se aprovechaban de la pobreza del hospicio porque muchas veces se debían cuentas que no pagaba la institución. A estos niños que necesitaban alimentarse bien, se les vendían los peores víveres. El arroz estaba quebrado, y mezclado con partículas negras, y deshechos del estómago de los ratones. El azúcar era del mas negro y completamente cubierto de suciedades de moscas. Los chiles que se les vendían habían estado en un barril donde también se encontraban ratones muertos. Hubo una vez que le vendieron la carne vieja de una mula al hospicio, y con ella se enfermaron todos los muchachos.

No solamente había sufrimientos en el hospicio, sino que también se encontraban en las cárceles mexicanas. Payno tenía considerable interés por las cárceles porque

había estudiado el sistema penitenciario en los Estados Unidos. Durante esta época reinaba la injusticia. Las prisiones se hallaban llenas de presos mal alimentados, y como resultado de esto estaban débiles y flacos. En muchas de las ocasiones se aprehendían reos que no eran culpables de los crímenes de los cuales eran acusados. Vivían en celdas inundadas, sucias, llenas de polvo y sin ninguna ventana por donde entraba luz. Había bastantes "olores de cuanto tiene desagradable y de sobrante la naturaleza humana, mezclados con humedad y humo, que sin duda venían de alguna cocina. ... "1

Don Pedro de Olañeta, el abogado honrado, era amigo de los prisioneros. Lo consideraban una persona caritativa y considerada. En un escena Olañeta visitó a ciertos prisioneros y observó que las condiciones eran antihigiénicas. Payno usó a Olañeta como modelo para que otros obreros de la justicia siguieran su ejemplo de interesarse por los presos.

Payno quería que se cambiaran las miserables circunstancias de su tiempo, pero su modo de escribir no era muy eficaz. Sólo presentaba las situaciones y deseaba que los lectores formasen sus propias opiniones sobre lo que estaba

¹Ibid., p. 350.

pasando. En contraste con estas descripciones desfavorables, Payno nos traslada a las ciudades con sus alegres fiestas religiosas.

El día de San Juan de los Lagos y el día
de la Virgen de Guadalupe

Las fiestas religiosas han sido una antigua tradición mexicana. Antes de la conquista se festejaban ciertos días en honor de la diosa pagana, Tonántzin, y desde entonces se incorporó a la religión católica esta costumbre. Dos fiestas muy populares que se mencionan en Los bandidos de Río Frío eran el día de San Juan de los Lagos, y el día de la Virgen de Guadalupe.

El día de San Juan se celebraba en grande. Se reunían cada año todos los que representaban los diferentes oficios, profesiones, y las gentes decentes y deshonoradas. Antes de la feria, la villa de San Juan tenía un aspecto triste y melancólico todo el año hasta que se comenzaban las fiestas. No se sabe porque comenzaron las fiestas aquí, pero se desarrollaron tanto que se hicieron famosas en las ciudades manufactureras de Francia, Inglaterra, y Alemania. Fue esta fiesta una cita para los nacionales y los extranjeros.

En París se preparaban surtidos especiales de mercancía de telas de algodón y de lino, y seda de colores

chillantes que tenía dibujos fantásticos. Se embarcaban con anticipación en los paquetes pesados y se enviaban a México. En Liverpool y Hamburgo se contraban barcos fuertes que llegaban a Burdes y Havre antes de llegar a San Juan. Estos barcos llegaban con bastante tiempo a México para allí establecer sus almacenes donde después podían hacer muchos miles de pesos.

De Chihuahua venían unos carros que parecían casas porque unas diez o doce mulas gigantes empujaban este coche de siete cuartos. De Nuevo León, venían unos pastorías de fino y espeso velón blanco, y de Texas venían carros parecidos a los de Chihuahua. De las haciendas de Tamaulipas salían partidas de mulas que se vendían al precio más alto. Pero lo que a muchos les interesaban en la feria eran los caballos de las haciendas que se vendían desde cuarenta a cien y doscientos pesos.

Lo que también llamaba la atención en la feria era que se encontraban gran variedad de dulces: los camotes de Querétaro; camotitos de Santa Clara de Puebla; calabazatos de Guadalajara. En la mayor parte de los puestos donde se vendían dulces también había velas de cera de todos tamaños, y de todos colores.

En la feria se veían mujeres de diversos estados. Venían de lugares distantes y vestían con diferentes trajes. Por esta razón una mujer de Chihuahua, una china de Puebla o

una jarocho de Veracruz eran objetos de curiosidad e interés. Además de estas mujeres se encontraban otras poblanas, tapatías, zacatecanas, aguascalientenas y muchas otras.

Para llegar a la feria la gente caminaba en burros, en carros de rueda, y los pasajeros se llenaban de polvo durante el camino. Al llegar a San Juan de los Lagos, se ponían sus mejores ropas. El pueblo se encontraba polvoriento y sucio durante todos los meses del año y para esta fiesta religiosa se limpiaban y se sacudían las casas. Algunas se pintaban de nuevo de blanco o de diversos colores. La iglesia tenía un aspecto alegre. Se vestía de colgaduras rojos y de macetas de flores de ramos y se veía bien alumbrada día y noche. Las calles que tenían muchas piedras se arreglaban para que fuera fácil el tránsito de las mulas y los coches.

Payno nos describe una escena de toda la conmoción que existía en la ciudad.

A las ocho de la mañana comenzaba el movimiento en todos sentidos, El desayuno era lo más urgente; la variedad de panes, bizcochos y bebidas calientes; las ordenas de gordas vacas negras que establecían en el centro de la ciudad improvisada; los gritos particulares de los que vendían sabrosas golosinas; las músicas ambulantes de bandolones, guitarras y jaranitas que preludiaban canciones del país para llamar la atención de los muchachos que iban y venían, y adquirir así algunos cuartos para comenzar el día; el andar garboso y los vestidos singulares y provocativos de las tapatías, zacatecanas y poblanas; el afán de los comerciantes y vendedores de mil y mil cosas raras y curiosas, como los guajes y

tecomates de Morelia, los muñecos de barro de Colima y los jarros y loza de Guadalajara. ...¹

Durante la última noche de la feria se puede afirmar que nadie durmió. Todos los que fueron a hacer dinero salieron con sus bolsas llenas y otros regresaron a sus casas con bastantes objetos y curiosidades.

Otra fiesta muy celebrada era el día de la patrona de México, la Virgen de Guadalupe. En el año 1531, se le había aparecido esta bellísima Virgen morena a un humilde indio que se llamaba Juan Diego. Payno nos informa que cada año en el 12 de diciembre, la gente devota iba a la suntuosa Basílica de Guadalupe para festejar su día.

En esa fecha todos los peregrinos venían de todas las partes y de todos los rincones de la república para rendir culto a su santa madre. Algunos venían de las ciudades, de los campos, de los pueblos y de todas las regiones de la república. Entre ellos se encontraban los ricos, los pobres, los mendigos, los de buena salud y todos venían a profesar su amor a la Virgen.

Payno nos informa también que los indios confundían a la Virgen con su diosa Tonántzin. Tenían un sitio sagrado e importante para los indígenas que conservaban y practicaban

¹Ibid., p. 563.

las antiguas tradiciones. "Tepeyacac" se llamaba ese cerro y el lugar de todo.¹ Payno nos dice:

En esa roca había una divinidad azteca, la Diosa Tonántzin, una especie de Virgen gentilica, la cual venían a adorar en romería desde lejanas tierras multitud de indios. Hacían delante de la diosa, labrada en un gran trozo de granito, muchas ceremonias y bailes y, llegado cierto día del año, terminaban las fiestas religiosas con el sacrificio de cien niños, desde un mes hasta dos años, que eran degollados en una piedra de sacrificios, con navajas de pedernal y de obsidiana. La diosa no estaba contenta si no se le hacía el tributo de esta sangre inocente, y amenazaba con lluvias, con granizos con truenos y con otras mil calamidades a los que se resistían a llevar a su hijos.²

Esta diosa desapareció y en su lugar apareció una modesta y hermosa doncella vestida en el traje de las nobles indias "que prometió a los naturales su protección y exigía, en vez de sangre, las rosas y flores silvestres de los campos."³ Al fin la Virgen de Guadalupe quedó como la patrona de los indios.

En la novela, se vio que el día de la Virgen era uno de los más solemnes. Todo el gobierno asistía a esta función religiosa.

El Presidente de la República, precedido de los manceros, abría la marcha vestido con su uniforme encarnado bordado de oro, su pantalón de casimir blanco con una franja de oro, su sombrero de tres picos con plumas blancas, medio recostado en su gran coche tirado por cuatro caballos y rodeado de ayudantes ataviados de muchos colores y en

¹Ibid., p. 19.

²Ibid.

³Ibid.

briosos caballos galopando a los costados del carruaje. Detrás los ministros de Estado y el Ayuntamiento en coches nuevos y lustrosos, y después todos los coches de alquiler con formas las más extrañas. ... ¹

Toda clase de gente venía a dar homenaje a la Virgen desde el Presidente hasta los pobres indios. Después de la ceremonia los indios se quedaban dueños en la villa y comenzaban realmente sus fiestas y sus banquetes.

Al templo entraban y salían romerías de indios con sus trajes primitivos, bailaban una danza delante de la Virgen, rezaban en voz alta las oraciones en azteca y español, que ellos solos entendían, lloraban y cantaban al mismo tiempo y salían para dar lugar a otras tribus, haciendo antes de la puerta su provisión de medallas de cobre y de plata y medidas de listón rojo.²

Después de festejar, al anochecer se regresaban todos los indios a sus casas.

Con estas escenas que son muestras de la vida religiosa, hemos visto que México era un país devoto, que la gente poseía una fe ardiente y un gran amor para la Virgen de Guadalupe.

En este capítulo, hemos visto que Manuel Payno se interesaba por su país. Conocía a las tres clases sociales de México. En sus "cuadros de costumbres" nos enseñó el modo de vivir de los nobles de la clase superior, de los de sangre mezclada de la clase media, y de los humildes indígenas

¹Ibid., p. 21.

²Ibid., p. 23.

de la clase baja. También nos dio una idea de las condiciones insoportables que existían en la viña, en el hospicio, y en las cárceles de México. Con su descripción de las fiestas, nos reveló su conocimiento de las costumbres religiosas de la gente. Payno en realidad conocía bien al México de su tiempo.

CONCLUSION

Manuel Payno ha contribuido en grande al folklore mexicano con su colorida obra Los bandidos de Río Frío que es un auténtico reflejo de la antigua sociedad mexicana del siglo XIX. Con su imaginación fértil y fogosa, el autor ha pintado con mayor claridad "cuadros de costumbres" que manifiestan la vida de la gente, las tradiciones, y las condiciones sociales que prevalecían en su época. Estos cuadros quedarán como frescos pintados que han capturado escenas del pasado.

Payno fue un heredero de Fernández de Lizardi, y el como su antecedente, también escribió para el pueblo tratando de emplear un estilo simple para que todos entendieran sus obras. El propósito del autor al escribir su obra maestra era sólo para agrandar e interesar a sus lectores en vez de predicarles o amonestarles. Escribiendo de un modo realístico, estimuló a los escritores del Realismo que lo siguieron.

Su novela fue reconocida por los hombres de letras de su época y aun sigue ocupando un lugar en el campo literario que justamente le coresponde. Payno merece un sitio alto en la jerarquía literaria de su país porque fue un indefectible intérprete de la vida tradicional del México de su siglo.

BIBLIOGRAFIA SELECTA

Libros

- Azuelas, Mariano. Cien años de la novela mexicana. México: Ediciones Botas, 1947.
- Biart, Lucien. La tierra caliente. México: Editorial Jus, S. A., 1962.
- _____. La tierra templada. México: Editorial Jus, S. A., 1959.
- Brand, Donald D. Mexico: Land of Sunshine and Shadow. Princeton: D. Van Nostrand Company, Inc., 1966.
- Brasch, R. Mexico, A Country of Contrasts. New York: David McKay Company, Inc., 1967.
- Brushwood, John S. Mexico in Its Novel. Austin: University of Texas Press, 1966.
- _____. The Romantic Novel in Mexico. Columbia: The University of Missouri Studies, 1954.
- Calderón de la Barca, Madame. La vida en México. México: Editoriales Porrúa, S. A., 1967.
- Cuevas, Mariano. Historia de la nación mexicana. México: Editorial Porrúa, S. A., 1967.
- Fernández-Arias Campoamor, J. Novelistas de México. Madrid: Ediciones Cultiva Hispania, 1952.
- García Cubas, Antonio. El libro de mis recuerdos. México: Editorial Patria, S. A., 1945.
- Gardiner, C. Harvey (ed.). Mexico. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1959.
- González Blackaller, Ciro E, y Guevara Ramírez, Luis. Síntesis de la historia de México. México: Editorial Herrero, 1970.

- González Obregón, Luis. Las calles de México. México: Ediciones Botas, 1936.
- _____. La vida de México en 1810. México: Editorial Stylo, 1943.
- González Peña, Carlos. Historia de la literatura mexicana. México: Editoriales Porrúa, 1963.
- Harrison, Salomay L. Mexico simpático. Boston: D. C. Heath and Company, 1929.
- Jiménez Moreno, Wigberto, Miranda, José y Fernández, María Teresa. Historia de México. México: Editorial Porrúa, 1965.
- Jiménez Rueda, Julio. Historia de la literatura mexicana. México: Ediciones Botas, 1942.
- Leal, Luis. Breve historia del cuento mexicano. México: Ediciones de Andréa, 1956.
- _____. Panorama de la literatura mexicana actual. Washington: Union Panamerican, 1960.
- Monterde, Francisco. Cultura mexicana. México: Editorial Intercontinental, 1964.
- Payno, Manuel. Los bandidos de Río Frío. México: Editorial Porrúa, S. A., 1968.
- Ramos Espinosa, Alfredo. Semblanza mexicana. México: Editorial Bolivar, 1948.
- Suárez-Murias, Marguerite C. La novela romántica en Hispanoamerica. New York: Hispanic Institute in the United States, 1963.
- Tartilán, Sofía. Costumbres populares. Madrid: Establecimientos Tipográficos de M. Minuera, 1880.
- Teja Zabre, Alfonso. Historia de México. México: Ediciones Botas, 1935.
- Urbina, Luis G. La vida literaria de México. Madrid: Imprenta Sáez Hermanos, 1917.
- Uslar-Pietri, Arturo. Breve historia de la novela hispanoamericana. Caracas: Ediciones EDIME, 1954.

Artículos

- Arciniegas, Germán. "Los cuadros de costumbres y las malas costumbres," Revista Iberoamericana, (enero, 1954), 245-259.
- Perez-Embid, Florentino (ed.). "Costumbrismo," Enciclopedia de la cultura española, 1963, 550.
- Seymour, Arthur R. "The Mexican Novela de Costumbres," Hispania, VIII (November, 1925) 283-289.
- Spell, Jefferson Roe. "Mexican Society as Seen by Fernandez de Lizardi," Hispania, VIII (May, 1925) 145-165.
- _____. "The Costumbrista Movement in Mexico, " Publications of the Modern Language Association, L (May, 1935) 290-315.
- _____. "The Literary Work of Manuel Payno, " Hispania, XII (February, 1929) 347-357.

Materiales Inéditos

- Montemayor, Hilda Esther. "Relato y estudio de ciertas supersticiones y algunas leyendas de Laredo, Tejas, y su cercana frontera." Unpublished Master's thesis, Department of Foreign Languages, Texas Woman's University, 1969.